

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

La vida en Hermenauta



Antonio Polo

Ariadna 1 Libros.com

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Edición electrónica
“La vida en Hermenauta”
Antonio Polo González
Ariadna-Libros.com
©Diseño y Digitalización Ariadna-Libros.com
Madrid. 16 de Marzo de 2001
Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid. N° 72.407
Madrid. 31 Marzo de 1998

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

LA VIDA EN HERMENAUTA

Por

Antonio Polo González

Ariadna 3 Libros.com

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

La vida en Hermenauta

Ilustraciones de
Pedro Díaz del Castillo

Ariadna 4 Libros.com

La vida en Herminauta
Antonio Polo

DEDICATORIA

A Cristina,
a quién le debo diez minutos de todas las primaveras.

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

“La sensación que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía no puede compararse sino al efecto de un sueño”.

Viajes por Marruecos
Alí Bey

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Del viaje

Ariadna 7 Libros.com

El viajero en Hermenauta

Obligado a viajar tan solo por las noches, el forastero tratará de alcanzar su destino caminando entre ciudades que jamás fueron gobernadas por linternas ni faroles. El viajero que, sin duda, procederá de un lugar en el que la aventura más intrépida consiste en coronar la cima de un Consejo de Administración antes de los treinta, llegará hasta la frontera policroma de Hermenauta si continúa siempre su camino hacia el este.

Una vez allí, tendrá visa para recorrer el país sin más obstáculos que su escarpada geografía. Entonces cruzará ríos desde cuyas orillas se intuirán otras orillas que bien pudieran pertenecer a países cercanos, descubrirá también que el futuro solo es un muchacho empuñando una lanza al borde de un campo de maíz, y comprobará que los

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

mapas allí son tan perfectos que para entenderlos tendría que recorrer el país de un extremo al otro. Y eso es lo que hará, sin duda, el forastero.

Partiendo de allá, al oeste de los Cárpatos Mayores, encontrará una ciudad en la que viven tres clases de hombres: los serafitas que nunca duermen, los gurcas que adoran el busto de un antiguo jacobino y los hermenautas que aunque son extraños, al menos constituyen mayoría. Babelia se llama la urbe que han construido a lo largo de cien generaciones.

Nada más entrar en ella, el viajero percibirá algunos matices que definen el caos. Encontrará catedrales que son muy anteriores al barroco cubiertas por el guano de las alondras, fortalezas inexpugnables que no tienen puente levadizo, y un burdel con farolillos rojos presidiendo la copa de un manzano. Y es que Babelia, en realidad, es un monumento a la confusión.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Veamos. Los serafitas no duermen pero tampoco trabajan. Los gurcas se afanan en la lectura de los textos arcaicos y viven de la prédica y la persuasión, y los hermenautas jamás han pisado una iglesia. Por la mañana llegan a la ciudad los mercaderes de otros pueblos y se instalan en medio de la plaza. Allí se produce el comercio más extravagante que pueda imaginarse. Cada cual habla un idioma distinto y todo es muy extraño ya que nadie comprende qué hacen éstos mercaderes con los versos de los gurcas. Cuando un serafita se alza a un carro y lanza una amarga diatriba o recita las hazañas de sus antepasados, puede llevarse la ración de col para una semana aunque nadie haya entendido nada. Más tarde los hermenautas que son los únicos que han conocido la plata, comprarán gallinas o sandalias a sus paisanos para luego exportarlas al otro lado de los Cárpatos, y hay veces que una vasija de bronce ha pasado por tantas manos —y tantas

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

conocidas— que ya no es posible venderla nunca más.

El abuso de esas transacciones no sólo se circunscribe al ámbito de las cosas, sino que afecta también a las personas. Del burdel sólo quedan los farolillos rojos y el manzano, de la catedral ya se ocupan las alondras, y de los librereros solo se sabe que abandonaron el polvo de los grimorios para crear una escuela de papiroflexia con las hojas de los textos sagrados. Del Ateneo ya nadie se acuerda, y los niños que antes pasaban admirados bajo sus columnas, ahora se divierten descolgándose por los acantilados de las calles mientras sus preceptores juegan apaciblemente a las cartas bajo la sombra de un almendro. Entretanto, los gurcas siguen sin dormir, los serafitas continúan lanzado diatribas y los hermenautas siguen siendo mayoría.

El arrabal de los dioses

El arrabal es el refugio
de nuestro tedio.

Jorge Luis Borges

Una vez dejada atrás Babelia, no pasarán más de dos jornadas sin que divise las torres semiderruidas que anuncian la proximidad de Kabulia. Entonces el viajero se verá sorprendido por la nube de polvo que la circunda, y eso lo desconcertará a su llegada. Y es que si no fuera porque Kabulia (ciudad hermética por antonomasia) huele permanentemente a dátiles maduros, se diría que Jade Maiwand¹ es un polvoriento suburbio de la antigua Petra. Al atardecer, cuando se alargan las sombras de las ruinas, se pueden contemplar a los nefelogetas, que son y seguirán siendo ciegos aunque pocos hayan logrado advertirlo. Tan sólo quienes

¹ Moderna avenida de Kabulia que actualmente se encuentra en ruinas debido a los bombardeos sufridos durante la guerra.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

habitan en los arrabales los han visto surgir de entre la miseria de los muros pero nadie sabe con certeza de qué viven, qué sueñan o si han llorado alguna vez.

Aquellos a quienes pregunte no sabrán decir de dónde vienen, ni qué religión profesan, sólo acertarán a declarar que su población cada vez es más numerosa. En cambio, habrá quienes afirmen que por las noches fornican tanto entre ellos que sus hijos son criaturas insanas y tullidas; que adoran a un dios por cuyos muñones brotan ríos de miel; que a veces ordenan secuestrar a una doncella. No sabrá el viajero si todo esto es cierto, como tampoco sabrá nadie cuánto tiempo llevan los cóndores sobrevolando la ciudad. Los más antiguos del lugar afirmarán, sin embargo, que la decrepita historia de su ciudad se inició a las puertas de una mezquita, de un tabernáculo, quizá de un ministerio.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

La vida será siempre difícil para estas gentes. Abrir una vía de agua o dar de comer a los pájaros puede llegar a ser una empresa tan faraónica como el amor o el hallazgo de la hierba a los pies de un hipogeo. Mientras tanto, tullidos misteriosos al ocaso, piratas y mercaderes sidonios del Mar Académico, libertos y apologistas coránicos de Dauralamán, o famélicos encantadores de serpientes, no pierden la esperanza de que pronto el mercader, el talabartero, el imán o la cortesana descuiden sus labores a la sombra del adobe podrido y abandonen por fin las ausentes marquesinas.

Juego de Luces

El viajero, aún sobrecogido por el soberbio universo de Kabulia, se adentrará varias leguas hacia el interior del país, y no tardará en hallar la urbe más activa del imperio: Hermenauta, su capital. Allí el sol es un empleado al servicio de la comunidad tan diligente que ha llegado incluso a equivocarse el reloj de las flores. No es extraño, por tanto, que en Hermenauta el día de mañana sea sobre todo un ejercicio de inspiración. Allí al esfuerzo de amanecer, sus habitantes tienen que añadir además los distintos matices que componen los días. Hay obreros que se encargan de pintar las sombras, gremios que generan los vientos, y hasta un grupo separatista en las montañas tiene encomendada la misión de procurar la lluvia. Por eso el ocio en

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Hermentauta es considerado como una catástrofe.

La aventura de vivir, en realidad, está ligada al arte de la persuasión, y son los sofistas quienes dictan el futuro sentados a los pies de una alberca. Mientras ellos aparentemente descansan, sus discípulos llenan las plazas arengando a los atareados habitantes.

Al viajero le informarán, en cambio, que una fría mañana de noviembre amaneció más tarde de lo habitual y cogió desprevenida a la ciudad entera. Le informarán que cuando quisieron darse cuenta, otros estaban ya empeñados en sus habituales ocupaciones. Le contarán también que la leyenda dice que fueron socráticos los que bajaron de las montañas con la intención de alterar el orden de las cosas y envenenar a los maestros del Ateneo. Sin embargo, luego sabrá que lo que verdaderamente ocurrió fue que Protágoras, dueño del único gallo que hay

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Hermentauta, se tomó la noche libre y la catástrofe sobrevino en forma de eclipse de Luna. Cuando creyeron entonces que habían sido invadidos por los inspiradores de otra escuela filosófica, en realidad, lo que sucedió fue que se estaban tropezando con sus paisanos del turno de noche.

El río que se va

Agotado ya, el viajero tendrá dos opciones: buscar acomodo en los oasis del arrabal, en donde la frenética actividad de los urbanitas tropieza con el relajo de los que ya nada persiguen, o caminar hacia el sur y arribar a los márgenes de Amaurota. Si opta por ésta última alternativa, el forastero se cruzará con hornacinas que cobijan a triglifos y edecanes, y le advertirán también que llene su cantimplora si lo que pretende es llegar a Amaurota. De esa ciudad se cuentan tantas historias y todas tan diversas que entonces no sabrá con certeza si la lluvia y los lagos no son en realidad más que meras impresiones. A ese respecto, nadie sabrá indicarle, sin embargo, le dirán que la leyenda cuenta que tal vez fuese un tango o quizá una milonga, aunque se dice de las ciudades que son libros que deben leerse con los pies. Eso mismo tuvo que pensar el

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

rey Utopo de Amaurota cuando ordenó que las calles fueran anchas y las casas se construyeran siempre con dos puertas.

Fuera porque entonces en Amaurota había un gran temor a que el agua pudiera ser detenida o desviada, o que fuese confinada en odres de camello, que acabaron llamando río Anhidro al escaso curso de agua que rodeaba la ciudad.

Fuese porque aquel era un temor fundado, o porque en otro tiempo se envenenaron legiones que habían llegado a bañarse en la quietud de los pantanos, que un filarca recomendó amurallar los márgenes del río. O fuese tal vez porque en las aceras se apostaban miríadas de falsos eunucos que requerían alimentar a sus ignotas descendencias. Acaso fuese por esto o porque ya lo habían leído en las piedras de las calles, que sus habitantes construyeron una cisterna lejos de los arrabales.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Lo cierto es que en esa ciudad hay un río enamorado del mar, muchas casas con dos puertas y un guardián en el aljibe que nunca ha soñado con Venecia.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Pasos de Cebra

A
Jesús Urceloy que me
instó a concebir este
relato, y que sólo por el
placer de oírsele narrar
mereció la pena
escribirlo.

De Cebrealia² sólo conocemos sus pinturas: los murales que cubren las fachadas de los edificios emblemáticos y el estuco teñido de las casas con balaustradas de madera. Pocos hablan de los óleos y acuarelas que presiden notarías y oscuros negociados en la Casa de la Moneda. Que se sepa, casi nadie ha visto el artesonado del

² *Enrico Piancarossa*, nos define en su *Iconografía de los mundos perdidos*, Vol. I, p. 185 a Cebrealia como “ciudad aérea e intermitente; refugio de pintores y vitales hiperrealistas”.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Ministerio de Justicia y sólo la guardia de puesto ha vibrado con las policromías que adornan la frontera del oeste. Únicamente unos pocos, acaso aventureros o quizá funambulistas son los que pueden contemplar sin riesgo el reflejo de los faros sobre las bandas fosforescentes de los pasos de cebra. Nada más hay, por tanto, en esta ciudad, pues el resto, es decir, todo aquello que no puede ser plasmado en un lienzo o surge sin conocer la cálida caricia de brochas y pinceles, es devorado por un monstruo que dormita en el vacío.

Los hombres, cuando tienen que cruzar las calles, se sirven de pértigas para alcanzar la acera contraria. No son muchos los que saben medir bien las distancias, y algunos desaparecen entre las franjas pintadas sobre un piso inexistente. Por eso el abismo en esta ciudad está poblado de cadáveres.

Por fin, atraídos por las inverosímiles desapariciones y las multitudes originadas a

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

las afueras de Cebralia, acudieron los zancudos que se decían artistas malabares a las órdenes de Melquíades el Magnífico. Tan pronto como supieron de los muertos insepultos que yacían varias millas más abajo, los artistas recorrieron las calles sobre zancos imposibles. Durante días se dieron a colorear las hornacinas, a asegurar las escotas que unían los navíos en el dique comercial, a pintar de ocre el subsuelo, los parques ausentes, las tardes grises del camposanto, las aceras, los elevados bordillos, las fuentes multicolores, y un ámbito seguro en todos los cruces de peatones. Por eso ahora se puede vivir sin vértigos ni desmayos en la ciudad de Cebralia, y los enamorados ya no tienen que aventurarse por los imbricados callejones de una ciudad repleta de cruces sin semáforos ni lanzar una jabalina cuando declaran su amor a las mujeres del arrabal.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

La Torre del Homenaje

A Pedro Díaz, mecánico celeste

Torres de todos los tamaños definen el horizonte: almenas que desafían al cielo, crocheles sobre balumbas que sobresalen en los cirrocúmulos, minarettes que proyectan sombras alargadas, faros alejandrinos, fortines palaciegos, torres albarranas, torres de chapitel, torres maestras... De todas las construcciones de la ciudad, los viajeros únicamente recuerdan sus formas aéreas, como si el lugar estuviera suspendido y los peregrinos acaso sólo pudiesen llegar hasta ellas saltando desde una nube.

El paseo es un placer que está vedado a los hombres y de entre todos ellos sobresale el encuentro con la Torre del Homenaje que es patrimonio único de los pájaros.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Esta torre en realidad rinde el homenaje a los caídos por la liberación de la ciudad que aconteció en una tarde fría, en un día metálico, como hay días lúgubres y monjes grises que cruzan el campo de batalla. Los viajeros la contemplan desde el arrabal, que es todo aquello que sucede a los pies del Olimpo, y lo hacen con un placer ignoto hasta entonces. La Torre no forma parte de ningún castillo, no tiene almenas ni es la fortaleza que deba defender reino alguno. Tampoco alberga princesas, ni apóstata inaccesible al desaliento que se esconda en su interior, la Torre sencillamente está allí y nadie conoce el mecanismo que la sustenta. Cuentan quienes tienen memoria para ello que en realidad no existe actualmente y lo que vemos sobresalir entre los cirrocúmulos es el resultado onírico de algún pintor que ha soñado alguna vez con las estrellas. Nadie construiría una torre sin cimientos dicen , ni con tres miradores longitudinales o sin lagos atestados de morenas como era habitual en

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

el Medioevo; quién levantaría una torre coronada por una esfera sino un mago o un impenitente lector de grimorios y tratados de Alquimia se preguntan .

Tan sólo los pájaros que son sus únicos moradores conocen la razón de su existencia pero ellos callan y vuelan en silencio a su alrededor; acaso la Torre ha estado siempre en el páramo gris por donde pasean los monjes al atardecer, y tal vez no exista ninguna otra explicación, tal vez.

Las posadas de Norexia.

Al cabo de unos días de viaje el forastero habrá pasado, sin duda, ante tantas posadas similares que al llegar a los umbrales de Norexia, decidirá repostar en cualquiera de las que existen a la vera del camino. Allí encontrará apostados siempre a los mismos hombres en todas y cada una de las hospederías que salpican el trayecto desde Amaurota. Cualquiera de ellos, nada más verlo, lo invitará a compartir una jarra de vino bajo la apacible sombra de los porches. Y el viajero que querrá corresponderlo igualmente, le proporcionará complacido algunos detalles de su viaje. Le informará quizás sobre los beneficios del pan ázimo (desconocido en éstas tierras); lo instruirá probablemente sobre las virtudes que en otros reinos conceden al amor las ostras con sus reflejos de Luna, y le detallará, con toda

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

certeza, los pormenores que encierran las colaciones de jengibre, ofrecidas éstas por las muchachas fronterizas cuando quieren elegir marido. Y ese será, sin duda, el tema central de conversación. Charla que discurrirá de forma tan agradable que el viajero sorprendido por la noche no le quedará otro remedio que ordenar una copiosa cena de la que darán cuenta ambos mientras el sol es devorado por los manglares del oeste.

Seguramente, de entre los huéspedes de la posada, alguno habrá que haya conocido días en los que la celebración pantagruélica de la noche era la antesala de una interminable bacanal. Y el coterráneo le contará entonces que efectivamente hubo tiempos en Norexia en los que la lujuria se servía en platos de plata; le contará también que se vivieron días en los que a las vírgenes se las conquistaba con dulces de leche y mermelada de culantro, y por fin, el posadero que no podrá resistir la tentación, se unirá también a la velada y les

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

relatará su particular historia en una de aquellas inefables hospederías.

Les contará entonces que no muy lejos de allí, en dónde un tiempo él estuvo sirviendo, los viajeros podían contemplar las viandas alineadas sobre la alargada mesa de madera, sobresaliendo ésta de los espacios sagrados de la cocina; apabullando en su abundancia a los comensales y a sus siervos...

Que allí podían estar también las codornices en salsa roja, unas a medio desplumar y otras desnudas por completo, como las doncellas de la corte que alternaban sus quehaceres entre el crepitar de los asados y el tañido del laúd, y que no se sabía muy bien si desplumaban ciertamente o separaban la pluma del cañamón, mientras se derretía la grasa violácea de las aves por el efecto del calor y de la suavidad sin límites que procuraban tantas vírgenes como trajinaban en aquella cocina...

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Que allí, desde dónde se vislumbraba el epicentro lechoso de la Vía Láctea (entre las constelaciones de Pegaso y Orión), las fuentes eran unguidas por la luz de lejanas galaxias, mientras —al calor de los eternos fogones— la corte de cocineras, todas jóvenes, ardientes y desnudas seguían las órdenes del cucharón más soberbio que dio Francia. Y que eso sucedía allí, en donde los pucheros rojos como los atardeceres en Marte expelían los vapores más intensos y concentrados del Mediodía francés, y que allí también, reinando entre la soberbia enjundia del venado y las alacenas repletas hasta el hartazgo, revolviáanse la nuez moscada con las sedas y los ocasos, y los almíbares con solsticios, lencerías y adobos.

Que allí, en aquel mismo universo en el que las grasas y el espesor rancio de los sebos dejaban franco paso a la alegría de las gelatinas y al vigor descarado de las naranjas, allí, era de cumplida obligación el

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

retozo sin límites y el requiebro morboso de las frutas. También allí surgían las ninfas de las ensaladas, de los cuencos saltaban los pezones que en realidad eran fresas mientras la mancebía, en un continuo estado de priapismo, valoraba las salsas y el marmitaco, y las musas ofrecían sus pechos para rectificar de sal, y otra ninfa, señora y dueña de la fellatio y de la bullabesa, te sorbía el tuétano y te ponía en la boca $\frac{1}{2}$ onza de goma arábica en polvo.

Y que así era la vida allí, en aquella cocina celestial en donde nunca cesaban los fuegos y jamás los cazos quedaban ociosos, solo que a veces, a decir verdad muy a menudo, prácticamente podría asegurar que ya casi todo el tiempo, se derrumbaba su onírico universo de salsas y lencerías, y sin que coincidiera su ocaso con ninguna fuerza o manifestación portentosa de la naturaleza, solo que hasta el Zodiaco así como el resto de las constelaciones se venían abajo cuando la

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

aguardentosa voz del encargado atronaba en el salón y podíanse oír entonces ese insultante:

—¿Oído cocina? —Un par de huevos con chorizo... “

¡Qué asco de vida! —añadirá amargamente el posadero.

Entonces el viajero, rendido y saciado abandonará, ya bien entrada la noche, la tertulia y encontrará en el sueño la materialización de un millar de ninfas semidesnudas que le ofrecerán montañas de hojuelas con miel y lo embadurnarán los suspiros de frituras que emanan de una inmensa fuente de cazón en adobo.

Un imperdonable olvido

Hay en Hermenauta tantas panaderías que lo verdaderamente llamativo de la ciudad reside en aquellas otras cosas que nada tienen que ver con tahonas y molinos. A todas horas se cuece pan, y es tal la cantidad de chimeneas censadas que en algunos lugares llegan a ocultar torreones y campanarios.

Se atribuye a una antigua creencia que la dieta a base de harina está relacionada con la prosperidad y el alumbramiento. Aquella ciudad que dispone de un buen número de tahonas pronto alcanza el suficiente peso político como para decidir sobre las cuestiones del reino.

Demografía y política son los únicos pasatiempos que se conceden los

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

hermenautas. Hablan sin descanso del precio del pan de borona, de la dificultad de un parto, del número de infantes que juegan entre los sacos de levadura. Discuten sobre las virtudes del trigo de hallula, sobre las variedades del pan de Viena, y de la leña de encina que calienta rápidamente los hornos. Hablan entretanto de los impuestos, de la guerra que requeriría alimentar a un enorme ejército, de las rutas de la harina, de los molinos de viento, de las molineras... Lo hacen mientras caminan, y a ninguno les estorban los cedazos abandonados ni la leña que se amontona en las hornacinas.

Tal importancia han alcanzado estos menesteres que el Juez de la Corte Suprema puede estar cascando huevos para las arepas mientras dicta una condena a muerte.

Los codornos y el pan ázimo son moneda de cambio. Sólo el trueque está permitido en el mercado. Dos toñas se

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

cambian por un pasador de nácar, una vara de seda se puede adquirir por diez hogazas, y por tres gallofas de pan candeal se puede cortejar a una muchacha. Únicamente los dulces están prohibidos en Hermenauta, y es que alguien se olvidó en su día de conseguir azúcar.

La vida en Hermenauta

Dioses de varias especies dominan la vida en la ciudad hermética. Sus habitantes, poseídos por una frenética actividad, jamás se hablan. Las noticias se atropellan unas a otras mientras escapan al festín que cada mañana se produce en silencio. Los dioses deciden quién queda libre de la cárcel, cuántos niños pueden nacer en Luna llena, quién tiene derecho a la felicidad y quién debe precipitarse al vacío desde un puente en la autopista. A veces, a algún mortal que no ha sido seducido se le ha visto paseando por el parque con una colilla entre los labios, pero esto no es frecuente en Hermenauta.

Las crónicas cuentan que hubo un tiempo en que las noticias sobre la Revolución, la

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

amnistía o la muerte de un pariente lejano llegaban años más tarde, luego cuando la familia ya había desaparecido en galeras. Se dice también que en los días de lluvia las gentes se guarecían en soportales y marquesinas, mientras pausadamente alguna muchacha leía las atrasadas cartas de un soldado. Pocos conocen la historia de las plazas, el encanto de los minaretes, la frondosa lentitud que anida bajo las fuentes.

La vida en Hermenauta se reduce a un devaneo entre varias especies de dioses y unos infatigables mortales que intentan zafarse del capricho de sus oráculos. Quienes evitan la inmolación son pasto de la lujuria pero nunca de la apatía, todos menos aquel que aún sigue paseando por el parque con una colilla entre los labios. La admiración por este hombre invade a los habitantes de Hermenauta. Lo que ignoran todos es que la ciudad está llena de hombres que pasean por parques, ancianos que fum

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

an detrás de los kioscos, muchachos que leen periódicos por encima del hombro, soldados que escriben cartas en cualquier taberna. En realidad, aunque no lleguen a verlos, les acompañan a todas partes con diferentes identidades pero tan sólo hablan con sus sombras con la inútil esperanza de evitarles la cólera de los dioses.

El mar en una tormenta

Vinieron de muy lejos para averiguar si eran ciertas o no las historias que de él se contaban. No tuvieron que esperar mucho tiempo. Al principio, cuando enloquecieron las cometas, casi todos soportaron estoicamente el viento del norte; más tarde, cuando se quebró el silencio, apenas se asombraron al ver surgir de las simas los ecos de un llanto que en realidad era el vómito infecto de los abismos. Sin embargo, no pudieron soportar un instante más cuando supieron que algún indeseable había robado el horizonte.

Una curiosa manera de mirar

En Hermenauta los mirones están prohibidos. A una mujer o se la mira a los ojos o se puede acabar en galeras. No es de extrañar por tanto que la Armada de Hermenauta esté llena de españoles. Hubo un filósofo que creyó que si a estas manifestaciones de espontaneidad, se las depura, libertando lo exquisito de lo grosero podría constituir un sistema de ademanes originalísimo, pero pedir a un español que al entrar en el tranvía renuncie a dirigir una mirada de especialista sobre las mujeres que en él van decía es demandar lo imposible.

Todo el mundo recuerda cuando llegaron. En la estación había un rumor de conversaciones que ahogaba el silbido de las calderas. Traían hatillos, maletas atadas con cuerdas, y gallinas, los habitantes de

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Hermentauta recuerdan muy bien a las gallinas que cruzaban los andenes y revoloteaban entre la gente. También había mujeres, sobre todo había mujeres, y niños, niños también había muchos aunque la mayor parte eran huérfanos. Por aquel entonces los hombres —pocos y malheridos— siempre estaban serios. Caminaban cabizbajos, y algunos de ellos incluso leían, usaban anteojos y leían mucho, de eso también se acuerdan los habitantes de Hermentauta.

Poco tiempo después, instalados en unos albergues de los arrabales comenzaron a trabajar la tierra como lo hubieran hecho en su país. No dejaron de trabajar en ningún momento y aquello ayudó a que volvieran a mirarse unos a otros. Y una cosa llevó a la otra. Rescataron las fiestas, unas sagradas y otras paganas; descansaron los domingos y a veces los viernes; luego rescataron la Semana Santa y después la Feria de abril, y San Isidro Labrador, y la Paloma y el

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Rocío; bailaban la sardana, quemaban magníficos ninots en el centro de las plazas y andaban jugando a todas horas con fuego, que al parecer forma parte de la cultura de algún lugar del Mediterráneo. Y gritaban, pasado algún tiempo no hacían otra cosa que hablar en voz alta, pasear hasta altas horas de la noche y dormir, aunque dormir lo que se dice dormir, dormían poco pero lo hacían intensamente. A la autoridad eclesiástica de Hermenauta le resultó muy sospechosa aquella parada en la tarde. La gente desaparecía, dejaba sus ocupaciones y volvía a la vida con aires renovados. Aquel rito al que llamaron siesta fue aceptado por unanimidad en el Concilio como uno de los caminos que conducen a la santidad.

Y así fue transcurriendo la vida. Llegaron a ser ricos, poderosos, santos. Coparon todos los estamentos de la sociedad. Poseían palacios, tierras, gobernaban bancos e impartían justicia. Y conocían las leyes, y redactaban las leyes, y

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

sin embargo, miraban a las mujeres de aquella forma. Y como la ley era implacable los destinaban a galeras. Por eso la Marina de Hermenauta llegó a ser una de las más cultas del orbe. Los oficiales eran matemáticos que devoraron a alguna doncella en los pasillos del ateneo; los cartógrafos que levantaban islotes en tierras lejanas alguna vez turbaron el sueño de alguna muchacha, y había juristas que enloquecieron por un perfume. Entre los grumetes había ganaderos balbucientes, molineros voyeristas, encofradores donjuanescos y porqué no, también calafateadores misóginos.

Una vez hechos a la mar, solos, sin puertos que los cobijase, la armada de Hermenauta llegó a ser una de las más temibles. Desde hace muchos años campea por sus respetos en todos los océanos y ha pasado a la historia como la Armada Invencible.

Adonde fueres, haz lo que vieres

Obligados a recordar los nombres de todos los reyes del imperio, los más jóvenes de Hermenauta temen tanto al mentor del ateneo como a la circuncisión del galeno.

Los preceptores decidieron en su día, que en la transmisión de la palabra hablada residían las bases de la historia. La memoria fue desde entonces la institución más valiosa del Estado y todas las mañanas, desde hace muchos años, los niños recitan de diez en diez los nombres de más de mil reyes y princesas. Antes de conocer los secretos del ábaco han aprendido ya que el príncipe Protesilao volvió después de muerto a pasar tres días

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

con su joven esposa; que Pasífae frotaba con veneno de serpiente a sus amantes para hacerse con los reinos vecinos y que Licos fue también rey de Libia. El mayor pecado que puede por tanto cometerse en Hermenauta es el de la amnesia.

La vida fue transcurriendo de aquella manera pero pronto comenzó a instalarse un clima de desidia y lasitud. Las conversaciones, después de varios encuentros, comenzaban a perder interés porque todos sabían con anticipación qué iba a contarles su interlocutor. Llegados a este punto hasta los niños dejaron de jugar en la calle para no encontrarse con sus compañeros de escuela, y a medida que fue pasando el tiempo la gente a fuerza de no escucharse empezó a no reconocerse entre sí.

Un día llegó a la ciudad un extranjero y descubrió con horror que todos sus habitantes tenían el mismo nombre; que todos contaban los mismos relatos épicos

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

y que los niños del arrabal, en su afán por zafarse de semejante tiranía, hablaban una jergonza completamente indescifrable. El sistema que habían inventado consistía en relacionar hechos y fechas con retazos de su entorno más próximo. Para referirse al 1312, año de la coronación de Taraxipo decían (por ejemplo) las ranas de Crísipo son cojas; para enumerar los diez primeros reyes de la estirpe del emperador decían María la portuguesa que resume los nueve primeros y luego añadían: la sota de bastos se ha echado novio lo que en realidad significa: Demofonte, rey de la ambrosía. Esto que empezaba a considerarse habitual entre algunos de los súbditos era, sin embargo severamente castigado por el régimen.

Cien días pasó el extranjero vagando por la ciudad antes de presentarse al rey como embajador plenipotenciario de Nánaco. Durante ese tiempo fue iniciado por los fronterizos en los misterios de semejante jerga, y una mañana acudió a

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Palacio para recibir el pláacet. Concedida la audiencia, se presentó en la Cámara de Recepciones acompañado de un séquito formado por ladronzuelos y saltimbanquis. Allí fue recibido por el Secretario de Estado que los condujo hasta el trono. Cuando estuvo escasamente a dos metros del rey, se postró y le dijo:

La gallina clueca de tu madre ha tenido un pollito tuerto.

El rey se quedó completamente lívido, ante lo cual el embajador, ufano añadió además la fórmula:

Y si te he visto no me acuerdo.

Los asistentes no daban crédito a la falta de tacto del diplomático pero aquella misma mañana Hermenauta declaró la guerra a Nánaco. Desde entonces el embajador vive encerrado en la torre de

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Palacio sin saber exactamente qué cargos
hay contra él.

El otro lado

Hay un lugar en Hermenauta donde nunca luce el sol, un lugar en donde las piedras de las casas están cubiertas siempre de verdín y la tela de una enorme araña taponan las salidas de las calles. La gente que allí vive jamás ha visto amanecer y a fuerza de respirar un aire viciado no repara en el hedor a orín que preside las esquinas.

Los habitantes de aquel sitio nunca han sido censados pero se sabe que cada vez son más numerosos. La puerta, que en el pasado sirvió para vitorear al ejército vencedor en tantas batallas, hoy sólo permite el paso en una sola dirección. Quienes allí entran por primera vez no reparan en las sombras y acuden a los corros que se forman alrededor de las fogatas. Las conversaciones, cansinas y desesperadas de sus habitantes, giran

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

siempre alrededor del mismo tema: huir de aquel infierno.

Un viajero, después de haber recorrido la mayor parte del país arribó una noche a Hermenauta. Nada más llegar buscó alojamiento pero nadie supo indicarle dónde había un albergue digno; llamó a una casa, empujó la puerta que giró sobre los goznes y a no encontró a nadie. Tras deambular por calles y plazas se cruzó con un anciano que volvía del parque y le informó que las gentes de la ciudad solían acudir al puente, desde dónde podían ver las luces del otro lado. El otro lado era el paraíso, la liberación, la dignidad.

El viajero se acercó y vio a una multitud de hombres y mujeres mirando en silencio la vida de los otros. La gente de aquella otra tierra iban o volvían del trabajo, compraban en los almacenes, cenaban en restaurantes caros o sencillamente paseaban por parques tan

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

distintos a los de éste lado. Algunos de los transeúntes, a veces miraban hacia aquella parte de la ciudad, pero lo hacían temerosamente.

Un día el viajero, que tenía visa especial para entrar o salir de aquel lugar, acudió al rey para informarle que su reino se estaba apagando, que cada día avanzaba y oscurecía la vida de sus mejores súbditos. Le dijo también que aquel siniestro lugar había sido creado para lucro de aquellos que maquinaban en secreto hacerse con las riendas del imperio. Entonces el rey recordó la puerta que en el pasado sirvió para aclamar al ejército victorioso; recordó que había un puente desde donde se divisaba toda la ciudad, recordó las torres, almenas, tahonas, tabernas... El rey le preguntó qué sabían hacer aquellas gentes, cómo se ganaban la vida, qué hacían para pagar los impuestos. El viajero le informó que a fuerza de vivir en aquellas condiciones de humedad y umbría podrían afanarse en el arte de la pesca —labor

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

abandonada años atrás—, y le contó la historia de un pescador portugués que luchó durante muchos días con un enorme pez espada; le dijo también que podrían encender los faroles de todas las calles para que nunca hubiera oscuridad en su reino, que podrían trabajar de noche en las tahonas para que jamás faltase pan, que podrían guardar las fronteras del imperio, custodiar los tesoros, enseñar a los infantes, consolar a los heridos, cuidar los bosques...

Cuando el viajero terminó de hablar, el rey se acercó a una ventana de palacio y vio que el suyo era un reino escaso e insignificante, cuyas fronteras acababan en los lindes del jardín, que todo lo demás, todo lo demás estaba al otro lado.

El hierro de los Bentivoglio

De Florencia vinieron a buscarlo para gobernar Bolonia, y en Bolonia murió mientras lo esperaban en Hermenauta. Acogido por los ferramonti, el herrero Bentivoglio creció al calor de las fraguas en las montañas de Tudlá. Una lejana mañana, mientras amartillaba la hoja de una espada, llegaron correos con la ineludible urgencia de la venganza. Su estirpe, que había gobernado la ciudad durante generaciones, estaba a punto de extinguirse. Bentivoglio reconociendo la llamada de la sangre abandonó crisoles y coladas, dejó el yunque enmudecido, los fuelles desinflados, el atanor vacío y se marchó a gobernar la tierra extraña de sus antepasados. Messer Annibale Bentivoglio, como así fue conocido durante su gobierno, nada sabía del arte de los

Príncipes, nada de las pompas del oro, del violado y del granate. Nada sabía de ujieres y bussolanti, de la cicuta de los Borgia, de las capas pluviales de los cardenales, de la traición, de las recámaras secretas, de la guardia suiza apostada a las puertas del burdel de Roma, nada de sedas ni banqueros. Annibale Bentivoglio solo sabía amartillar espadas, por eso forjó la más grande de todas: la espada con la que dio muerte al último de los Canneschi. Culminada su venganza, Annibale murió bajo el yugo del poder, entonces aquella nada pudo contra un filtro de agárico que alguien le sirvió en un vino rosso de la Emilia-Romagna.

La embajada del oro

Transcurridas las primeras etapas del viaje, el forastero se verá obligado a revalidar su visa cuando al cruzar las

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

montañas de Tudlá, se encuentre a las puertas de Utopía. Una vez allí no le quedará otra alternativa que hacer cola a las puertas del Ministerio de Tránsito Interior. Una multitud que pasará, sin duda, la noche junto a sus mercaderías esperando retirar los permisos correspondientes con los que realizar los cotidianos actos de cualquier ciudad, lo arropará mientras un trasiego constante le arrebatará el sueño. Entonces podrá tener como compañero a un enamorado que impaciente aguardará hasta bien entrado el día para obtener el beneplácito del Ministro, indispensable para contraer matrimonio , o a algún beduino cuya caravana aguardará a varios días de viaje, o a un grupo de peregrinos llegados de todos los puntos del orbe que rezarán en cien lenguas distintas, y, sin duda, también encontrará a quien en su lengua, mientras los funcionarios sellan diligentes los permisos de tránsito le cuente la historia del embajador plenipotenciario de Utopía: un hombre al

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

que jamás nadie ha vuelto a ver, un hombre que jamás se detuvo en el análisis pretérito. Un hombre para el cual los actos entre los que se encontraban la ostentación y el boato apenas conseguían afectarle. Y le contará entonces su historia.

De nada sirvieron le dirá tampoco las prevenciones ni los consejos de aquellos que en otro tiempo burlaron al destino, pero ayer (como presentíamos) añadirá estalló la guerra. Desde aquel momento algo se turbó en el interior del diplomático.

De pronto la ciudad, de la que jamás había surgido un héroe, se llenó de mercenarios. Siguieron días de turbación y bullicio, y poco tiempo después la ajena milicia era ya un hecho irrefutable (a veces los actos impropios adquieren rango de gesta). El rey, hombre sabio como pocos, le ordenaría entonces evitar la ineludible batalla. Para el caso fue nombrado

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

embajador plenipotenciario y pronto arribó a puerto enemigo.

Mucho antes de desembarcar la opulencia ya orbitaba a su alrededor. La capa pluvial con la que se cubría era un mar de sedas en el que a veces las tormentas dejaban al descubierto un cálido arrecife o una oblea de plata que ascendía desde las simas. Por el contrario, los utopianos* eran gentes que despreciaban el oro y aborrecían la amatista; amaban con tal fuerza el orden y el recato que ninguno comprendimos porqué aquella mañana el embajador se hizo acompañar por cien sirvientes.

Un instante después de cruzar el umbral de Palacio, un niño que no alcanzaba a comprender tamaña pompa afirmó:

* f: De sus jornadas o viajes con diversas otras materias hábilmente razonadas e ingeniosamente argumentadas. Libro Segundo de "La relación de Rafael Hythloday"
Utopía Thomas Moro

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Mira, madre, que zopenco tan grandullón; usa todavía perlas y piedras preciosas como si aún fuera un niño pequeño.

La mujer reprendió solícitamente a su hijo entre el aturdimiento del diplomático que había oído aquellas palabras.

Silencio, hijo no debemos molestar al bufón; podrían enojarse los embajadores.

Ajenos a todo, en otra ciudad, algunos hombres se defendían al pie de las murallas...

Entonces se abrirán las puertas del Ministerio y el forastero, agotado, recorrerá pasillos y antesalas hasta conseguir dar con el negociado que habrá de revalidar su visa, no sin antes haber ocultado los oropeles que pudieran dar motivo a cualquier equívoco.

La bestia, el silencio, las vírgenes

En homenaje a las víctimas de la violencia sexual
y de aquellas otras que sufren en silencio.

A dos cuabras apenas del Ministerio, el viajero querrá demorarse un momento a la sombra de los cipreses que merodean a la entrada del Olimpo. Allí podrá refrescarse en un pequeño estanque, en cuyo fondo, si consigue mantener quietas sus aguas, podrá leer la siguiente historia.

A Belorofontes, guardián supremo de las vestales, le fue vedada la palabra. Al amanecer, las vírgenes, que sólo juegan con clepsidras y unicornios, extienden sus lúdicos quehaceres, sólo entonces le permiten conocer la voluptuosidad circundante de sus tobillos. Por lo general

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

suelen ser precavidas, pero hay días en los que los rayos de sol resbalan entre las sedas de sus túnicas y algunos en secreto se acomodan en las recónditas oquedades de sus pieles tersas, por eso el joven refugia su mirada entre las hojas de un hipogeo que hay en el centro del patio.

No pudiendo articular palabra que dejase entrever su amor por una de las ninfas del Templo, Belorofontes dejó correr los días en esa misma actitud de espíritu. Príapo, que solía deambular al atardecer entre las alargadas sombras de los árboles, logró un día conmocionar la carne de aquel jardín. Al poco el guardián quedó sin trabajo e iracundo quiso elevarse hasta el Olimpo como si fuera uno de los Inmortales pero Zeus que jamás permitió semejantes desplantes envió un tábano que derribó su caballo.

Dicen quienes le conocieron que Belorofontes obligó a Príapo a mantener

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

su falo permanentemente erguido. Nadie sabe si alguna vez logró pronunciar palabra, sólo sabemos que el prepotente sacerdote de la tarde redime hoy su falta con la pena de vagar con una enorme verga entre las manos. Todos saben que nunca ha logrado amar a diosa alguna, que jamás ha podido abrazar a una ninfa, que daría la vida por besar a una mujer... Desde hace algún tiempo ya sólo asusta a las niñas.

Líos de familia

Tras un merecido descanso, el forastero, al reanudar su viaje, tendrá inevitablemente que cruzar el Parque de las Diatribas, y allí podrá, sin duda, asistir a los encendidos discursos de los ascetas y los platicadores unívocos que sortean a la justicia si sus arengas son pronunciadas subidos a un cajón de madera para no pisar el sagrado suelo de Hermenauta. Entonces podrá escuchar una soflama contra los dioses parecida a ésta.

Aura fue una de las inseparables compañeras de Artemis; la Gorgona tuvo tres hermanas que en realidad eran monstruos marinos con cabellos de serpientes; Eatos fue uno de los jueces del infierno que se decía infalible; Ícaro desafió con dignidad las leyes de la física y se hizo hermano de una gaviota. No así

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

podemos hablar de Eveno, un rufián que acostumbraba a matar a todos los pretendientes de su hija. Esculapio fue un médico que jamás curó la meningitis, Crísipo conoció la muerte a manos de su hermano, un tipo duro, lo que se dice un chulo que al menor descuido te podía reventar el páncreas sin una causa justificada; Polifemo era corto de vista, Aquiles, un engreído, alrededor de cuyos tobillos circundaba el poder pero también anidaba el miedo. Prometeo, un enloquecido sin futuro; Agamenón, un pobre diablo que cayó en las redes de una arpía y lo supo cuando ya era demasiado tarde y Hércules, un pretencioso forrado de esteroides. Sin duda, una extraña familia, aunque todos forjaron la leyenda y conquistaron su derecho a aparecer en el Diccionario de la Mitología Clásica de Constantino Falcón.

Los dioses, sencillamente

En cambio por el asceta sabrá de los dioses.

Los dioses, eufóricos como de costumbre, bebieron, mintieron y balbucearon promesas. Únicamente un hombre reprochó su comportamiento recriminándoles su escaso interés ante las tragedias pasadas. Luego robaron un auto y secuestraron a la vestal que presidía el frontispicio del Senado. Ahora se busca a unos políticos ebrios muy cerca de donde defenestraron al cancerbero del Templo, que a la sazón era un ujier del Ministerio de Agricultura en comisión de servicio.

Homenaje a los dioses de papel

El viajero, que inevitablemente seguirá recorriendo calles y plazas, si lo que quiere es poner de inmediato rumbo a Capadocia, se encontrará de pronto frente a la Biblioteca Nacional bajo cuyo frontispicio leerá la siguiente inscripción.

No hubiéramos podido saber jamás que en tiempos hubo guerreros que demoraron su ataque en la panza de un caballo de madera, ni que los escuderos pudieran llegar a gobernar ínsulas. Sería difícil comprender que la divina fermosura de algunas mujeres pudiese llevar a un hombre a luchar contra el gigante Caraculiambro; que los ángeles de las ruinas ahuyentasen sobre los mortales astros de cardenillo; que en algunas

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

ciudades hubiese escudos que representan leones, estrellas o torres ni que tuvieran por signo precisamente un león, una estrella o una torre. No sabríamos nada tampoco de quienes al llegar al alto del Sobrepuerto hubieran tenido un tropiezo en la noche; nadie hubiera podido conocer que el oráculo ordenó a Cadmo abandonar la búsqueda de Europa y fuese tras los pasos de una vaca... Ninguno sabríamos nada del príncipe de Dinamarca, de los hielos que conoció una tarde el coronel Aureliano Buendía, de la muerte que en Venecia ronda balnearios y canales; de la peste, de la náusea, de la condición humana si no fuese por los libros, algunos de los cuales (estoy viéndolos) nunca abriré.

El viajero de las ondas

Ya en marcha, el viajero con destino a Capadocia, podrá optar por tomar la Vía Apia que lo llevará directamente a su destino, o por el contrario desviarse media jornada hasta el alto de los Cuatro Vientos. Si finalmente se decidiese por ésta última opción, encontrará al final de un escarpado berrueco la hornacina en cuyo interior hallará depositado el Diario del viajero Esqueneo Augías. Entonces podrá conocer la historia de otro viajero que todavía no ha alcanzado su destino.

El hombre al que todos llamaban Ícaro supo que ningún mortal había contemplado el mundo desde tan alto: como los dioses que imponen su

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

dominio desde el Olimpo. Durante su viaje apartó las águilas del cielo y vio el mar que entonces era distinto y le dio un nombre, luego deshizo una nube y corrigió los mapas de la biblioteca de Alejandría. Más tarde acompañó a la aurora boreal durante una dinastía de noches lánguidas; después no supo cómo acabó enamorándose de los incendios de África, y por fin prometió guardar el secreto a los amantes. Más tarde, camino hacia las estrellas, se desprenderá de la cera de sus alas y vagará entre órbitas secas y deshabitadas hasta las fraguas de Titán en donde se forjan las espadas que impiden a Saturno devorar de nuevo a sus hijos.³

Hubo en tiempos un hombre que segó su stirpe
una noche mientras sonaba ¡Jo Saturnalia!
Diario de Horas de Esquene Augías

³ N.A: Este relato, cifrado con el número de registro 42.705 fue enviado a la nave espacial automática Huygens que llevará al satélite de Saturno, Titán (en el año 2004), un disco compacto con un millón de firmas y mensajes el día 27 de enero de 1997.

La leyenda de Abu Muley

Abu Muley fue circuncidado a los pies de las montañas de Tedla (al sur de Hermenauta) el día en que los guerreros koucila arrasaron su aldea. Aquella mañana el neófito fue conducido a caballo hasta el templo donde debía celebrarse el rito. La silla de montar estaba cubierta con un paño encarnado, por el contrario el joven vestía una blusa blanca, y encima de ésta, la misma túnica roja con la que su padre un día se hizo hombre. De acuerdo con la tradición llevaba la cabeza adornada con multicolores pañuelos de seda (como si fuera una desposada); tenía el puente de la nariz pintado de azul para combatir el mal de ojo, y del hombro colgaba una bolsa con dos monedas de plata y un trozo de coral. Todos iban a pie, excepto sus padres que lo aguardaban en casa.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Una vez a las puertas del templo, cuatro hombres lo agarraron por las extremidades y un anciano tembloroso lo circuncidó a la vera de un sepulcro. Abu Muley sintió entonces el frío intenso de la hoja en su miembro sin que le aliviase el polvo astringente que llovía sobre la herida. Cuando concluyó la operación las mujeres se entregaron a un desconcierto de gritos extraordinariamente agudos. El resto del camino continuó bajo aquella misma salmodia discordante mientras Abu Muley soportaba el dolor a lomos de caballo, porque un circuncidado —según las leyes de Hermenauta— no puede pisar el suelo hasta ser devuelto a su casa.

Al llegar a la aldea solo encontraron cenizas. Abu Muley lloró entonces. Desde ese momento todos supieron que era el único varón de Hermenauta que no podía pisar tierra, que su único destino eran las dunas del desierto. Entonces fue adoptado por las mujeres del harén. Allí conoció las sedas de los almohadones, el moaré de las

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

túnicas y los pechos blancos de las vírgenes. Nadie más en Hermenauta tenía el privilegio de dormir recostado sobre nalgas de princesas.

Así pasaron doce lunas hasta que una tarde en los jardines de Palacio su osadía vislumbró el final. Aquel día tropezó con una hermosa joven que seesteaba en el jardín. Después de contemplarla un momento la besó en los ojos, y añorando el mar que solo había logrado intuir en sueños, navegó entre las olas de sus pechos. Sorprendido en aquella plácida compostura, el sultán preguntó irritado qué hacía aquel varón mancillando su harén. Al instante fue contestado por su primera esposa. Cuando el kaid conoció la leyenda de Abu Muley, sonrió satisfecho y dispuso que en compensación le ofrecieran el alazán blanco de sus cuadras.

Fue un beréber quién me contó esta historia como si aquel hubiese sido uno de los acontecimientos más extraordinarios

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

después de las Mil y una noches, pero yo nunca hallé nada de extraordinario en aquella leyenda. En realidad lo que había sucedido fue que Abu Muley había cumplido un año de edad, la misma tarde en la que también dio sus primeros pasos.

Era evidente que aquel beréber no sabía que en la aldea de Abu Muley se circuncida a los niños tan solo dos días después de nacer.

Pesadilla en Capadocia

Es inevitable. Viajero que se acerca a Capadocia, viajero que tienen un sueño, o cree haberlo tenido, y tal vez, bien pudiera ser éste.

En la Isla de los Cíclopes rige un estado anarquista en donde las cabras balantes dictan la única ley no escrita que existe: la ley del libre albedrío. Allí Odiseo encontró a un cíclope que le gustaba comer hombres y beber un vino ardentísimo. Aprovechóse entonces Odiseo del peculiar gusto de aquel por aquellos placeres, y cuando estuvo ya seguro de su abatimiento, le clavó una enorme estaca. Luego prosiguió el viaje a otras tierras cuidando de no olvidar el episodio que sería, sin duda, del agrado de Zeus...

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Cuando despertó lo primero que hizo fue echar mano rápidamente al bolsillo interior de la americana. Le habían robado la cartera. Trató de acordarse dónde estuvo la noche anterior. Tan sólo recordó que por la mañana había ido al banco con el propósito de solicitar un crédito y pagar otras deudas contraídas anteriormente. Su constante débito, su morosa situación estaba tomando carta de naturaleza en su ya depauperada existencia. Recordó también a unos tipos malevos vestidos con trajes a rayas y zapatos blancos de rejilla que lo esperaban en un auto negro a la salida de la oficina bancaria. Evocó la ciudad a pinceladas rápidas mientras lo paseaban y le recordaban vehementemente que había agotado su tiempo. No supo con exactitud si bebió mucho o poco de la petaca que le ofrecían con insistencia. A la mañana siguiente se despertó en un garito inmundo rodeado de vómitos y tazones de leche agria, y de un tipo duro dormido en un rincón de entre cuyos belfos sobresalían las pezuñas de una cabra balante, o acaso

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

fueran los restos de algún individuo que anduvo por la vida permanentemente en números rojos...

Traición

De his qui per scelera ad principatum pervenere
De los que llegaron al principado por medio de
crímenes

Nicolás Maquiavelo
Il Principe

Puede que ocurra en cualquier momento del viaje, pero probablemente sucederá durante ese espacio enjuto, durante esa transición del paisaje que separa los deshabitados páramos de los arrabales y los Palacios, porque allí la traición también es posible.

A la traición jamás le faltaron alianzas. El caso es que Agatocles de Siracusa encontró las suyas en Almilcar hombre ungido siempre por la

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

conquista a cualquier precio y una mañana muy soleada cuentan, fueron citados los senadores al ágora mientras la muerte los sorprendió a una señal del que había sido su anfitrión. Ocurrió entonces que el resto de los hombres cesaron un instante en sus ocupaciones cuando hasta ellos llegó el pesado dulzor de la tragedia.

En Fermo como en su día sucedió en Siracusa olía al mismo tiempo a heno recién segado y a sangre negra, caliente y viscosa. Oliverotto a la sazón futuro gobernador mandó en una soleada tarde llamar a los que en él confiaban. Antes del anochecer nobles y leales fueron pasados a cuchillo.

Aquel día cesaron también las labores. Los campesinos vieron pasar primero una partida que empuñaba alfanjes ensangrentados; al poco fue una delegación de hombres serios y callados; y más tarde, algunas mujeres que lloraban en las lindes

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

del camino descubrieron la caravana bajo cuyas arpilleras escondían lujosos tesoros. Y así durante mucho tiempo contemplaron legiones que se cobraban la pecunia de la traición; y comoquiera que los hombres y mujeres cesaban por un instante las labores en tierras de Orsinis y Vitellis, el hambre y la pobreza instalaron su embajada en aquellos páramos.

Todavía hoy, cuando los campesinos descansan un momento, las gentes del lugar se detienen para comprobar si a lo lejos pasa alguna caravana.

Justificación

No hay ciudad como Capadocia para confirmar lo que el viajero viene sospechando durante toda la travesía: que la paz en realidad es el resultado del hastío y la indiferencia. Por eso, el forastero no deberá sorprenderse porque una multitud aguarde siempre a las puertas de los edificios oficiales. Allí espera una señal, un pretexto, o quizá una historia como ésta.

Le dijo Tito Livio al protegido de su viejo maestro que la guerra es justa para quienes es necesaria y santas las armas cuando solamente en ellas hay esperanza. Esto lo dijo sin levantar la mirada del suelo, mientras pelaba una naranja y se refrescaba los pies al borde de la alberca.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Los dioses no quieren hacerlo todo para no arrebatarnos la libertad de la voluntad continuó mientras los gajos se deshacían entre sus dedos. No quieren quitarnos la parte de gloria que nos corresponde en la empresa concluyó.

El maestro asintió concordemente, y un general que aguardaba órdenes a la puerta de palacio entendió que también aquellas que esperaba recibir del emperador serían similares. No hubo pasado mucho tiempo cuando el militar se abrió paso entre sus oficiales y la multitud le requirió presteza, fortaleza y victoria.

Aquella misma mañana se declaró la guerra, entonces Tito Livio bebió del zumo que le procuraban sus manos.

Paradoja

No tiene el viajero que abandonar la Plaza de las Justificaciones para tropezarse con una placa conmemorativa que irrita profundamente a los menesterosos.

A la memoria de Procrustes Damastes, de sobrenombre Polipemón, un famoso bandido que repartía el dinero de sus fechorías entre los más pobres. Un día perdió el juicio y entregó parte de su botín al emperador de Hermenauta al creerlo un paria. La acción fue tan del agrado de las autoridades que repitieron por su cuenta el acto todos los años. A Procrustes Damastes lo nombraron a título póstumo Primer Ministro de Hacienda de la Historia. Aún le quedan familiares y algunos ahora son jueces...

Ni aquel Juez ni otro finalizaron la instrucción del Sumario, y el Delito por siempre quedó impune. Mas las Generaciones Sigüientes, ávidas por concluir el Proceso, dieron lectura a los

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

noventa y cinco tomos del procedimiento. El Delito, grave como pocos, requería una dolosa pena. Un Tribuno, descendiente por cierto del ya Difunto Acusado, fue obligado a dictar Sentencia. La Jurisprudencia hubo además de marcarle el camino a seguir:

El Acusado será desterrado, sus derechos abolidos, y su estirpe quedará marcada para siempre. Jamás será rehabilitado ni su descendencia tendrá Palabra entre los Nuestros.

Por tanto prosiguió , condeno a este hombre.

El Juez se despojó de la toga y acudió al Panteón en donde yacía su antepasado. Una vez allí imploró su perdón, pero el torpe juicio acabó condenándolo in eternum a la impunidad.

Duplicalia

Duplicalia, lejos de ser una ciudad previsible y lineal como todas las que ha encontrado hasta ahora el Viajero, es una metrópoli de delirante arquitectura. Para evitar que sus ciudadanos enloquezcan en el laberinto de callejuelas, las Autoridades ordenaron instalar una placa en todas las encrucijadas, sin embargo, durante las noches sin Luna, algunos desaprensivos virtuales sustituyen las placas por espejos, entonces la ciudad amanece con una copia de si misma is ed aipoc anu noc ecenama daduic al secnotne ,sojepse rop sacalp sal neyutisus selautriv sovisnerpased sonugla ,anuL nis sehcon sal etnarud ,ograbme nis ,sadajicurcne sal sadot ne acalp anu ralasni noranedro sedadirotuA sal ,saleujellac ed otnirebal le ne naczeuqolne sonadaduic sus euq rative araP .arutcetiugra etnariled ed ilopórtem anu se ,orejaiV le aroha atсах

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

odartnocne ah euq sal sadot omoc lanil y
elbisiverp daduic anu res ed sojel
,ailacilpuD

ailacilpuD

Cita

Debajo de aquella placa conmemorativa había oculta otra, y era en realidad solo una cita.

Quomodo fides a principibus sit servanda.

Jamás hizo ni pensó nada que no fuera engañar a los hombres y siempre halló el modo de hacerlo. Jamás hubo hombre que asegurara con mayor rotundidad y juramentos mayores una cosa y que la observase menos. Mas, pese a todo, siempre le salieron los engaños a la medida de sus deseos, porque conocía bien esta cara del mundo.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Retrato por Maquiavelo de
Alejandro VI, el Papa Borgia
Il Principe

La bestia halló una razón cuando del hombre se apoderó el desmedro; y fueron hombres y semidioses a educarse bajo la disciplina del centauro Quirón. Entonces Aquiles, como muchos otros príncipes antiguos, hizo de la mentira una debilidad humana.

La Cuarta Plaga de los Ladrillos

Se supuso que jamás volverían a usarse el mármol y la caoba en la construcción de viviendas. Se supuso que los aguamaniles de porcelana que adornaban los pórticos de todos los hogares dejaron de elaborarse hace ya más de un milenio, exactamente la noche en la que enviudaron los esmaltes y se descuidó la suavidad de los barnices. Se supuso que el estuco que bordeaba los junquillos de puertas y marquesinas eran un lujo tan solo permitido en iglesias y edificios oficiales. Se supuso por tanto, que a la construcción le estaban vedados todos los elementos de la tierra.

Se suponían tantas cosas; hechos tan inverosímiles que nadie se preocupó de

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

rescatarlos del olvido ni de comprobar si realmente eran ciertos o no. Sólo la curiosidad, que es el motor que mueve el universo, hizo que un hombre se rebelase contra la institución histórica de la memoria y nos trajo de nuevo aquellas lejanas opulencias junto a una nueva concepción del mundo.

Una mañana el Gobernador recibió en Palacio al Cónsul General de Oriente. Después de un viaje de más de cuarenta días por las Tierras Anegadas de Hermenauta, aquel desembarcó en el puerto interior de Bako acompañado de un extraordinario séquito. Una vez en Palacio, entraron de uno en uno. Primero el Cónsul, que tras la reverencia al Gobernador se despojó de la capa pluvial que lo cubría y ordenó que pusieran a un lado las riquezas halladas en la otra orilla de lo que hasta entonces creían el Mar Océano. Le siguieron luego, en estricto orden jerárquico, el Arquitecto Mayor, cuya aparición desde el largo, larguísimo

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

pasillo, fue escoltada por un murmullo de admiración mientras éste sostenía en brazos los planos amarillentos que daban fe de las muchas obras ejecutadas; tras él cargaban compases los Alarifes, enhiestos y autoritarios como todos los Maestros de Obras, le seguían luego los Alamines que dominaban el arte de ejecutar a la perfección la planura de las superficies mientras los niveles que colgaban de sus cintos enloquecían a cada paso, luego los Herreros, grises y plumizos como tiznados por la amalgama y la galena, luego los Cristaleros, filosos y cortantes y cuya limpieza contrastaba con la ajada presencia de los Marmolistas, luego los Mamposteros que cargaban en hombros una enorme viga riostra, luego los Oficiales Pintores, los Ceramistas, los Auxiliares de Estuco, los Plomeros, los Afiladores, y por fin, cerrando el largo, larguísimo desfile, los Ebanistas que alzaban el escoplo como quien empuña un arma de guerra.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Al fin, el Gobernador se levantó y caminó despacio hasta la ventana del Gran Salón de Recepciones, eufemismo al uso en la capital ya que el solemne salón era en realidad una calurosa estancia de caña y pellejos torpemente embadurnada por los tintes mayestáticos que trataban de imponer los funcionarios adscritos al Ministerio del Protocolo, y de espaldas a la congregación que aquellos magníficos artistas formaban, pudo entonces comprobar la árida arquitectura de la ciudad.

Harto prolongada, exasperante quizás, la demora del Gobernador fue liberando un hueco en la memoria de los presentes, como si aquel silencio fuera un acto de regresión colectiva. Entonces recordaron aquella remota tarde en la que las majestuosas mansiones de ladrillos fueron pasto de las feroces alimañas que dormían en sus entrañas. El desastre, ocurrido durante las épocas de lluvias, sumió a la ciudad en un barrizal pestilente.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

El Gobernador fue informado que la tierra con la que se habían fabricado aquellos ladrillos de adobe contenían diminutas criaturas que eran capaces de soportar el purgatorio de una corta cocción y que la humedad de las aguas, como si fuera una llamada lejana, lograron despertarlos de un sueño profundo. Pronto la ciudad se desmoronó. De las paredes de todos los edificios manaban las criaturas más extrañas. Había armadillos minúsculos que devoraban las jambas de las puertas, coleópteros alopécicos de quince patas que llevaban rodando un trozo de porche, batracios saltarines que se mecían en todos los aleros, sanguijuelas que horadaban los cimientos, babosas que peregrinaban por las paredes, peces de colores que no tenían branquias y respiraban hurtando el aire de cuantos se acercaban a ellos, mariposas a medio hacer, que lo mismo volaban ocultando el sol como arruinaban las hojas de los árboles, y gusarapos hediondos, libélulas cianóticas, alacranes ciegos...

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Cuando el Gobernador volvió a contemplar las riquezas que estaban depositadas en el largo, larguísimo pasillo, abrazó al Cónsul y le agradeció en público su gran hallazgo. Luego ordenó que lo degollaran.

Sólo el Gobernador se dio cuenta que al Cónsul le supuraban las heridas.

Dicen que llamaron...

Dicen que llamaron dos veces a la puerta y que nadie acudió a la galería para contestar. Dicen que se veían figuras danzando como en un teatro de sombras chinescas; que la orgía se extendió hasta bien entrada la noche.

Dicen que cuando el fuego aún no se había apoderado del palacio, volvieron a golpear por dos veces la puerta, y que como antes nadie acudió tampoco a la llamada.

Dicen también que las sombras continuaron danzando algún tiempo después de aquel exceso y que solo al final, cuando las volutas de humo sobrevolaban los restos carbonizados del edificio, una de aquellas sombras pareció asomarse a los zaquizamíes que coronaban la torre del

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

palacio y lanzó el grito más espeluznante que habían oído nunca, dicen.

Dicen tantas cosas que ya no saben distinguir la fábula de la vívida tragedia, como tampoco alcanzan a entender que aquello no fue ninguna orgía, que en realidad nadie danzaba ni allí había ningún teatro. Ahora afirman que acudieron atraídos por los sonos de la música, que nada sabían de aquellas volutas de fétido olor. Solo dicen que al final llamaron dos veces a la puerta a cuya galería ya nadie podía acudir, pero no saben por qué a éste palacio de ahora lo llaman Auswtvich.

Y éstas noticias que inquietarán, sin duda, al viajero lo obligarán a abandonar Bako a toda prisa.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Los sexagenarios en Hermenauta

A Paloma Riaño

En Grecia, los efebos dejaban correr los días comiendo uvas y endureciendo el cuerpo en el gimnasio. Luego, al caer la tarde, paseaban junto al maestro y eran la envidia de todas las doncellas. Los preceptores, en cambio —ya entrados en años—, las encandilaban con la palabra y dejaban el músculo para otros menesteres. Pero aquí, en Hermenauta las cosas son bien distintas: los adolescentes apenas se distinguen unos de otros y ello da lugar a equívocas situaciones, por eso, los maestros y los sexagenarios van a tiro hecho: cuando ven a una mujer despliegan la artillería del ateneo, tratando de ser muy convincentes, como si estuvieran asistiendo a un debate en el Senado.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

—Perdóneme señorita, ¿acaso usted ha vivido en Anatolia?

—Pues no. Yo soy de Creta.

—¿Quién lo diría? Yo conocía a una Vestal del Olimpo cuyo padre trabajaba en el Partenón como leguleyo, ¿sabe usted?, pero era de muy buena familia, y yo que vengo ahora de Anatolia de presentar un proyecto de construcción de aljibes, he de decirle que tengo una casa en Vía Ariosto, muy cerca de Alejandría ya en tierras del Emperador, ¿sabe? y como soy viudo, no sé si se lo he dicho, ahora me dedico al comercio de sedas. Y dígame portentosa griega ¿usted está casada?

—Sí, felizmente y con dos hijos.

—Ya, ya. Pues es usted, querida patricia igual a una doncella que conocí en Anatolia, y como yo soy viudo, no sé si se lo he dicho antes, esto de las sedas me

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

tiene todo el día entre mujeres y claro me confundo a veces.

— ¡Ah, que se ha perdido, vamos!

— Si, si, perdido, perdido estoy, En realidad yo lo que quisiera saber es si usted estaría dispuesta a mantener una relación conmigo. Vamos, lo digo por que como tengo una casa en Vía Ariosto que está muy cerca de Alejandría, en fin, me preguntaba si usted, que ya sabe que soy viudo...

— ¿Pero abuelo...? ¡Que yo soy de Creta!

Y así, a veces, los sexagenarios, cuando no pasean con efebos por las tardes, despliegan toda su artillería con la esperanza de recordar las noches de Anatolia. Pero esto solo sucede cuando ven a una mujer.

La otra Venecia

Es difícil y desolador comprobar que en Venecia proliferan sótanos con espejos del revés, pero más difícil es aún contemplar nuestra imagen en la detenida siesta de las aguas.

Es difícil y sorprendente escuchar el eco de nuestros pasos bajo los arcos de un palacio, pero más difícil es aún soportar ahora sus vacíos corredores y las estancias difuntas sin Carnaval.

Es difícil y excitante apostarse en la serenidad oficial de las esquinas, pero más difícil es aún adivinar los agitados secretos de quienes se esconden tras las ventanas huidizas.

Es difícil y laborioso rastrear las huellas apresuradas en la encrucijada de una bahía, pero más difícil es aún saber adónde han

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

ido en esta ciudad los turistas con su sarpullido de cámaras.

Fue difícil y tranquilizador asomarse una tarde de febrero para mirar el agua distraída, la sombra oblicua de las esquinas, y las ventanas con sus trincheras de estuco, sin embargo, fue muy fácil convencer a Venecia para que se tomase la tarde libre, huyese por fin de los turistas y bajase a merendar al estudio con Susana García.

La liviana magnitud de las mariposas.

Al pasar por Métride al viajero le llegarán noticias de otra ciudad extraña. Una ciudad enclavada en el centro de todo; que tiene una torre, y un nido de mariposas en su escudo de armas. En ella todo es absoluto, menos la certeza. Y entonces le contarán la siguiente historia.

Ninguno comprendíamos por qué al poniente se le antoja el orto al atardecer, ni por qué el céfiro arrastra pájaros de otras latitudes, solo sabíamos que un beso iniciado en Parma bien podía concluir bajo el cielo apelotonado de Verona.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Ninguno comprendíamos nada de la magia de las esferas, ni por qué las vidrieras inmóviles de una catedral filtran luces de soles tan distintos, solo sabíamos que a un día sigue otro día y que a Trebujena vuelven siempre las cigüeñas.

No comprendimos nada hasta que León subió a la torre aquella noche.

Ávido, abstraído, sin otra inquietud que la demostración definitiva del movimiento terrestre, logró asegurar el largo, larguísimo, hilo de cobre que sustentaba la esfera de la péndola. Luego, cuando concluyó allí, bajo una oscura bóveda, mientras la esfera oscilaba de un extremo a otro del Panteón, París fue declarada capital del universo, eje supremo de las cosmogonías, jurisdicción absoluta de la quietud.

Lejos de sumarse a las celebraciones protocolarias de la física, León apenas se inmutó y continuó apreciando en aquel

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

balanceo armónico la serenidad que se reunió entonces, como las aguas, cuando atropelladamente descienden desde los inquebrantables neveros y se recogen sumisas al alcanzar la disciplina de los océanos. Y es que el Péndulo, viajaba de un lado a otro, ordenando el mundo que ninguno comprendíamos, compensado las desavenencias de las leyes y de la naturaleza. Entonces no dudamos ya del éxito de aquel concluyente ensayo, en ningún momento, ni siquiera cuando sobre la pesada esfera se posó un lepidóptero, desafiante y contradictorio. Y, sin embargo, León dudó por primera vez aquella noche. De nuevo volvió a ascender hasta el coro para comprobar que nada afectaba a la torsión del hilo, que la grávida presencia de aquella mariposa, aunque liviana y disoluta, no podría desmoronar en ningún momento el orden conquistado.

Y así se fueron sucediendo las horas, entre la admiración que nos procuraba el monótono vuelo del Péndulo y el temor a

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

que sobreviniera la más excepcional de las catástrofes. Pero nada ocurrió mientras la esfera estuvo danzando con su forúnculo alado.

Después lo supimos todo.

Supimos que la armonía se empolva la nariz con el tósigo de las ciénagas, que lo que llamamos perfección, en realidad es una ensalada de endibias con aliño de petróleo, y que la luz no es tan clara como dicen, que tiene pactos secretos con las sombras y visa de un corsario para alumbrarnos bajo el escaso sol de una cerilla. Y es que, hasta León Foucault, jamás ningún otro taxidermista había podido diseccionar los purulentos tejidos de la exactitud.

Anoche lo comprendimos todo gracias a la liviana magnitud de una mariposa.

El relojero de Maguncia

El viajero al llegar a Maguncia, creerá al aproximarse a ella, que ya la había visitado anteriormente, pero no tardará mucho tiempo en percartarse de su error.

“Todo fluye” —leyó de Heráclito. Johan Joachim Becher así lo creyó, es más entendió que siempre había sido así, incluso antes de que la luz hiciera brotar las flores y los pájaros. Becher cerró al punto los ojos e imaginó el universo primigenio larvándose a la sombra de una enana blanca; imaginó también, mucho antes de que existiesen las leyes y el código de Hamurabi, como las galaxias blasfemaban al borde del infinito mientras los cometas jugaban con Dios al escondite. Becher tomó aquella idea primigenia, que

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

ya estaba en la esencia de las cosas, y decidió instalarla permanentemente en un jardín de Palacio. Entusiasmado con el proyecto, el kurfursten de Maguncia, murió creyendo que las bolas y las cargas rodantes del viejísimo reloj de su castillo marcarían un día la penúltima hora del Apocalipsis.

Algún tiempo después, Becher escribiría en su diario: “Diez años me dediqué a esta imprudencia, perdiendo un montón de tiempo y de dinero y haciendo perder mi reputación, todo esto únicamente para decir hoy día con plena convicción que el movimiento perpetuo es irrealizable”.

Desde entonces, Joan Joaquin Becher pasa las tardes sorbiendo té. El único recuerdo que tiene de aquella cita de Heráclito es un riachuelo que pasa junto a su jardín.

Le ruego que me disculpe por los acontecimientos acaecidos en nuestra cita la otra tarde.

Si el forastero optase por tomar el tren que lo lleva a las Tierras Orientales, no debe sorprenderse si el tablón de anuncios de cualquiera de sus estaciones y apeaderos, lo presidiera una carta tan ajada y polvorienta como los relojes de sus andenes, los cuales no han hecho otra cosa desde entonces que marcar las tres y diez.

Le ruego que me disculpe por los acontecimientos acaecidos en nuestra cita la otra tarde. Si no acudí a nuestra cita la otra tarde no fue por olvido o imprevisión. Le aseguro, amigo Ernesto que tomé el tren para ir a la ciudad, y tuve además la precaución de adelantarme a los

insospechados retrasos a que nos tiene acostumbrados la Compañía de Ferrocarriles, sin embargo, y a pesar de mi diligencia y previsión, uno, en ocasiones, lo que no puede hacer es luchar contra los elementos.

No obstante, el tren partió a su hora, algo que ya indicaba en primera instancia un síntoma inequívoco de desorden. Como le decía, el tren emprendió su camino lenta y ruidosamente. En pocos minutos alcanzó una intersección con cambio de agujas. Una vez allí, como es preceptible en aquel tramo, dio marcha atrás con el objeto de volver a retomar la vía principal. Pero contrariamente a lo usual, el tren continuó su camino en aquella dirección. Pronto, como se imaginará, llegamos a la estación de donde partimos. Más tarde, solo un poco más tarde pasamos a toda velocidad por el apeadero de La Lisonja, y luego bajo el oscuro túnel de La Incertidumbre. Yo, desde mi compartimento podía leer, en el espejo los nombres de las estaciones por la

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

que pasábamos. Primero leí Asunción, que es una ciudad anodina y polvorienta, luego alcanzamos San Lázaro, un pequeño pueblo sin iglesia y después cruzamos impassibles ante Lesmes y Norexia, ciudades muy antiguas, tanto que apenas residen ya en la memoria de los viejos.

No pudiendo entonces permanecer por más tiempo impassible en mi asiento, salí al pasillo para averiguar qué es lo que estaba ocurriendo, por qué el tren circulaba en aquella dirección, pero a nadie parecía afectarle el rumbo que había tomado aquel extraño tren, y a decir verdad, pasados algunos minutos, pronto me acostumbé a ese hecho, fue muy fácil: me cambié de asiento y me senté en el opuesto al mío. Entonces vi un campo de girasoles dándose la espalda, tristes y sin sombra, vi un espantapájaros ordenando el intenso tráfico del cielo y vi a mi hermano la funesta tarde que me venció al ajedrez. Vi, aunque intenté mirar hacia otro lado, una noche amarilla de la que colgaban

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

racimos de bombas de neutrones, vi un reloj blando que goteaba de la leontina en mi bolsillo. Vi promesas naciendo ya con la nefasta vocación de la mentira, vi a una mujer amando furtivamente a su asesino, y por tres veces vi a don Quijote contarle a los cabreros que dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados. Vi como se deconstruía un puente sobre el río, vi una espiga hundiéndose en la ceniza de la tierra, vi túneles, el polvo de las cabalgaduras al caer la tarde, y al final, cuando el tren silbaba al entrar en una vieja estación vi un reguero de minutos que se alimentaban bajo un macizo de crisantemos.

Los viajeros descendieron alegremente del tren y se encaminaron al interior de aquella ciudad que yo identifiqué como Nemesia, aquella en la que nos encontramos por primera vez. Descendí, aunque hubiera querido continuar aquel onírico viaje, y me dejé

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

arrastrar por la tumultuosa oleada que se encaminaba hacia una plaza de indefinido perímetro. Una vez allí, vi un globo aerostático que intentaba huir por entre las chimeneas, un funambulista loco, y una librería que jamás vendió ningún libro. Eso fue a las tres y diez, una hora después de mi partida, una hora más tarde, cuando yo debía haber acudido a nuestra cita, en otro tiempo, en otra ciudad.

Fue entonces cuando lo reconocí entre la multitud. Más joven acaso de lo que lo imaginaba, me sentí aliviado finalmente cuando comprendí que ambos habíamos pasado por la misma aventura.

—¡Al fin lo encuentro! ¿También lo ha traído un tren marcha atrás? —le pregunté sorprendido.

—Disculpe amigo. Pero yo a usted aún no lo conozco.

Sueño de un viajero tras pasar la noche en Nueva Córdoba

Ahora diré de Ibn Zanrak que se entregó a un sueño profundo y no pudo concluir el Kitab al Masalik (o gran Libro de las Rutas)

Conocí su historia la tarde que cayeron en mis manos retazos de una carta dirigida a Juan de Gortz a la sazón embajador de Otón I. La misiva, con caligrafía apretada, pertenecía a sor Hroswita, viajera infatigable.

“...las tardes en Córdoba
leemos invitan a un sueño ligero y dulce pero esto es habitual en Al-Andalus. Durante el día, sin embargo, las gentes se entregan a deambular por el zoco, que vive

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

desde los primeros rayos de sol en una agitación bulliciosa. Hay quienes sólo visitan los arrabales de perfumistas, quienes merodean por las cuevas de zapateros y quienes regatean sin cesar con silleros y ceramistas. Los más jóvenes, en cambio, persiguen a las muchachas que acuden a las tenerías en busca de finas pieles, que ríen ante la suavidad que conceden las sedas de Valencia, o acarician la trenza imposible de las alfombras de Cuenca.

Toda la ciudad vive bajo una nube de sándalo y almizcle a excepción de las aljamas y los minarettes que son ajenos al mundo terrenal. Si uno se adentra en el arrabal de los librerios puede comprobar también que los mercaderes instalan sus puestos alrededor de la Zahoya, allí donde hombres y mujeres se dan al estudio y conservación de los libros

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

sagrados. Puedo asegurarle, mi estimado embajador, que la sociedad de Córdoba, en todo el mundo, es la que más libros tiene.

Esto que es del todo inusual en la cultura europea, sostiene sor Hroswita adquiere en Córdoba carta de naturaleza, y hoy más de ciento setenta mujeres llenan su existencia con la copia de manuscritos incunables. Todos a cuantos he relatado esta crónica han creído exageradas mis palabras, pero cierto es que el Califa al-Hakam, impulsor de tal empresa, ha llegado a reunir un saber extraordinario y ha ordenado completar la biblioteca de la Almadraza hasta alcanzar más de cuatrocientos mil volúmenes.

...Poco sabría decir de esas mujeres continúa que a fuerza de dibujar imbricados ornamentos en las

sebkas, de duplicar símbolos astronómicos, de conducir sus manos por los mapas del Imperio, y de surcar la abrupta geografía del Islam, han llegado a conocer perfectamente las rutas de las sedas, el humor de los hombres que conducen sus mercaderías y el terror de las caravanas a ser asaltadas en medio del desierto. Esto que comenzaba a estar en boca de todos hizo crecer la leyenda de las Cultas Moras, leyenda que en realidad era como una maldición para los ejércitos, invictos hasta entonces. Aquellas Mujeres podrían conducirlos a la derrota más estrepitosa con la misma facilidad con la que ubicaban un río más al sur de su posición natural, o deshacían un ancho valle o elevaban la llanura más piadosa. Lo más sólido del Islam podría entonces desvanecerse entre sus dedos como un grano de polen y llegar a rectificar la impávida certitud del Libro de las Rutas.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Semejantes facultades pronto llegaron a oídos del Canciller, el cual ordenó al más insigne omeya de todos los tiempos descubrir, cuál de entre Aquellas Mujeres podría hacer posible el antiguo anhelo del enemigo. Entonces el Canciller mandó llamar a Ibn Zanrak y le instó a afianzar los lindes de sus Dominios.

Cuentan prosigue sor Hroswita que sucedió una tarde a finales de mayo mientras los mercaderes retiraban sus puestos del zoco. Recuerdan los últimos que le vieron con vida que tomó el libro de al-Istajri poco antes de que el almuédano llamara a la oración de la tarde. Zanrak lo mantuvo en el regazo ajeno por completo a cuanto sucedía a su alrededor mientras la torre de la Mezquita embadurnaba

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

con su sombra los callejones cercanos. Durante algunos minutos más continuó absorto en la misma página. Entonces fueron pocos los que todavía quedaban en la plaza; fueron pocos los que vieron cómo Zanrak se secaba el sudor varias veces con un pañuelo de seda, y muchos menos los que vieron como la tarde se le fue metiendo en las venas hasta que el ligero dulzor de un sueño lejano le envenenó la sangre por completo. Nadie supo explicar tampoco su muerte, nadie supo nunca quiénes fueron sus asesinos, tan solo un mercader de alfombras que estibaba sus mercancías fue quién descubrió entre las páginas del libro aquel cambio sobrevenido en las geografías, aquella desatada disminución del mundo, aquella escueta circunscripción a la que se reducía lo que hasta entonces había sido un gran Imperio.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

A la mañana siguiente se oyeron rumores de tropas que llegaban del norte con destino a la ciudad. Los estandartes del ejército enemigo sobresalían entre las lomas cercanas. Después de varias horas de lucha llegó una comitiva compuesta por generales cristianos que representaban a los reyes del norte. Una vez en la ciudad, tomaron la plaza de forma pacífica. Recorrieron altivamente las calles; visitaron complacidos el zoco (que vive desde los primeros rayos de sol en una agitación bulliciosa); cruzaron el antiguo barrio judío, repostaron en las tahonas que encontraron a su paso y se adentraron por fin en las excitadas cámaras de la Zahoya (en donde más de ciento setenta mujeres trabajan hasta el atardecer dibujando imbricados ornamentos en las sebkas).

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

El general en Jefe de las Fuerzas Libertadoras, del que todos sabían enamorado de una mujer en la Córdoba del Califa al-Hakam, penetró orgulloso en la biblioteca. Sin detenimiento pero con premura atravesó salas con vistosos tapices, recorrió frescos y holgados gabinetes, cruzó cautelosas pasantías y merodeó por poblados anaqueles. Al final de un largo pasaje, la mujer que lo esperaba de pie junto al mapa, le mostró las yemas de sus dedos en los que aun se percibían las manchas de la traición. Tan desgastado, tan repasado estaba el plano que las fronteras hasta entonces definidas pasaron a ser tan anchas como los ríos, y los ríos tan largos como las cordilleras, y así las cordilleras que separaban el norte de la esfera del Islam, al principio sólidas y magníficas se deshicieron en una llanura, y aquel Imperio que a fuerza de ser copiado una y otra vez se quedó en un escueto reino que ocupaba la extensión de una escasa vega...”

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

La leyenda cuenta dice sor Hroswita que vendrá un tiempo en el que las sinagogas y las mezquitas dormirán vacías durante mucho tiempo entre los campos de girasoles, que las fronteras navegarán hasta los lindes del desierto y que la circuncisión y el pan ázimo serán como las pasas y los dátiles, recuerdos ya lejanos.

El Viaje Imposible

Hubo roto el viento la botavara por la tensión que demandaban las velas cangrejas de popa, flácidas durante muchos días después de la inmisericorde quietud a la que los tuvo sometidos el silente espejo del océano. Sin embargo, aquella noche no surgieron los vientos con anuncio de olas coronadas de espuma. No se pusieron a crujir los mastelerillos de mesana ni tampoco los vigías alarmaron al contraamaestre sino que los vientos se desataron al instante trayendo la tormenta por la línea de barlovento, y cuando comenzó el concierto, lo hizo con una obertura de trinquetes henchidos como Venus neolíticas. Gimieron las gavias del mastelero mayor, sonaron todos los cabos de la nave, crujieron las relingas con el agua que pretendía inundar el barco, y por fin ascendieron los sonidos al vibrar la

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

candonga y el borriquete que acompañaban el Allegro Molto de las velas. Velas de todas clases. Focos triangulares, contrafocos de popa, guairas batiéndose enloquecidas sobre los palos, velachas arremolinadas en la cofa; velas de mesana, velas de sobremesana, velas redondas —en realidad cuadradas— largadas en los trinquetes, velas bergantinas, trapezoidales velas de tarquina; velas de cuchillo, velas carajas, monteras, carboneras, escandalosas: la gran Sinfonía del Trapo puesta a sonar para gloria de la Iglesia.

Y así, a finales del siglo XVI, se iniciaba el viaje del primer Forastero que arribó a Hermenauta, así entre calimas y galernas, entre treguas y bolinas, hasta que por fin una mañana a principios de octubre, la expedición que había quedado a merced de los vientos sobre las desconcertantes aguas del Mar Académico encallaba en los bajíos de las Tierras Anegadas.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Desde allí el viajero partiría hacia las Tierras Interiores, conocería ciudades que jamás fueron gobernadas por linternas ni faroles; se asombraría ante la majestad de la Torre del Homenaje que es patrimonio único de los pájaros, ante la sombra alargada de los nefelogetas, que son y seguirán siendo ciegos aunque pocos hayan logrado advertirlo, y se sobresaltarán en las madrugadas con el canto del gallo de Protágoras. No se olvidaría jamás el Viajero durante aquellos diez días de octubre de Amaurota, aquella ciudad en la que hay un río enamorado del mar, muchas casas con dos puertas y guardián en el aljibe que jamás ha soñado con Venecia. Tampoco se olvidaría nunca de Cebralía, ciudad aérea e intermitente en la que los enamorados han de lanzar una jabalina cuando declaran su amor las mujeres del arrabal, ni de Norexía, en cuyas posadas el Viajero tendría un sueño en el que un millar de ninfas semidesnudas le ofrecieron montañas de hojuelas con miel mientras lo embadurnaban los

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

suspiros de frituras que emanaban de una inmensa fuente de cazón en adobo, y mucho menos de Hermenauta, de la que pocos conocen la historia de las plazas, el encanto de los minaretes o la frondosa lentitud que anida bajo las fuentes. En cambio el Viajero tendría que anotar, como lo haría después en su cuaderno de bitácora, que entre el 5 y el 14 de octubre de 1582, conocería los distintos matices que componen el miedo cuando del hombre se apodera el desmedro.

Diez días inolvidables, prácticamente imposibles le señalarían después ya de regreso en su país cuando su historia apasionada de oros y monicongos, de zancudos y centauros, de hierros y cicutas fue expuesta ante Cardenales y Patricios. Nada pudo haber dijeron de cierto en aquel Viaje, nada de serenidad oficial que se aposta en las esquinas de la otra Venecia, nada de la liviana magnitud de las mariposas, nada del kurfursten de Maguncia, nada Capadocia,

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

ni de trenes que circulan marcha atrás, nada de tormentas a barlovento, ni de oberturas. Nada de todo ese Viaje pudo haber sido posible insistiría el Cardenal

Nada de Nada ¡Descomunal embustero! le susurraría al oído su verdugo en el cadalso . Nada pudo haber ocurrido añadiría desde la torre el Chambelán . Nada ha podido ser descubierto o visitado puesto que aquellos fueron los únicos días que jamás ha podido vivir hombre alguno sencillamente porque jamás existieron tales días sentenciaría .

Entonces el Chambelán continuó leyendo la sentencia a muerte por falta tan grave a la Iglesia y al tesoro de la Corona, y por fin concluyó el veredicto apoyándose en la encíclica del Papa Gregorio XIII por la cual se había instaurado en toda la Cristiandad el Calendario Juliano.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Y así, una vez concluido su periplo, el viajero consultará de nuevo el mapa, y advertirá que está a punto de cruzar otra vez una frontera. Entonces apurará de un sólo trago el contenido de su cantimplora y no le quedará otro remedio que volver al lugar de donde partió, aquel en el que la aventura más intrépida no es otra que la de coronar la cima de un Consejo de Administración antes de los treinta.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

FIN

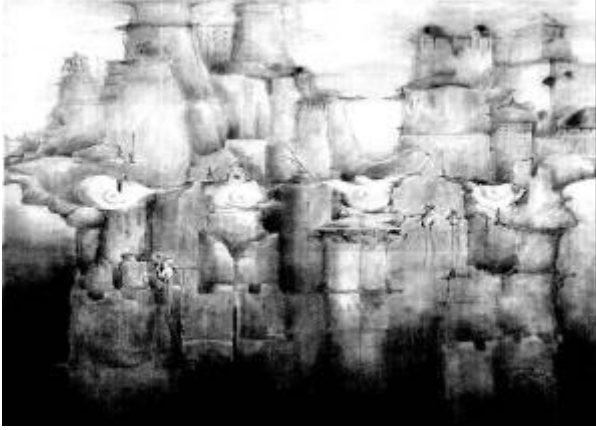
Ariadna 126 Libros.com

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Anexo

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

De otros viajeros en Cebralia



Pasos de Cebra

Cebralia

"Mi mente sigue manteniendo un gran número de ciudades que no he visto ni veré, nombres que llevan consigo una figura o fragmento o deslumbramiento de figura imaginada"

Italo Calvino "Las Ciudades Invisibles"

La vida en Hermenauta
Antonio Polo



De Cebralia.

Para Antonio R. Polo. Por la identidad.

La vida en Hermenauta

Antonio Polo

POR TRES VECES HE BUSCADO CEBRALIA
Y POR TRES VECES HE VUELTO CON LA
CONVICCIÓN DEL FRACASO. HE
RECORRIDO TODOS LOS DESIERTOS DEL
MUNDO, LOS MANGLARES MÁS TUPIDOS,
LAS CIÉNAGAS, LAS TUNDRAS.

UNA TARDE, EN BIZANCIO, CUANDO
EN SOL CRISTIANO SE SUICIDA TRAS
LOS MINARETES, HE CREÍDO
ENTREVER, LEJANA, LA IMPONENTE
TORRE DEL HOMENAJE. HE HABLADO
CON HOMBRES DE PIES DEFORMES,
DESTINADOS A LA VALENTÍA DE
UNOS ZANCOS, PERO FUE EN PEKÍN,
O EN TÚNEZ, O EN LOS SUBURBIOS
DE MALABO. EN CÓRDOBA PERDÍ UN
LIBRO MITOLÓGICO Y NEGRO,
AROMADO DE ADELFA, PERO EN
CEBRALIA SON LOS LIBROS LOS QUE
SE PONEN A SECAR ENTRE LAS
FLORES. EL OPIO HA ENMARAÑADO
MI OLVIDO.

MÁS QUE POR LAS CRÓNICAS, LOS
MITOS, MÁS QUE POR LAS CARTAS,
LOS VERSOS, POR LAS LÍNEAS QUE
ALGUIEN ESCRIBIÓ EN MI ESPALDA,
SE QUE ESTOY CASTIGADA A VIVIR, A
NO PERDER LA JUVENTUD, A
ENTREGARME DESNUDA A LOS
CUERPOS, A SER Y NO MORIR. SI
ALGÚN DÍA ENCONTRARA SUS
MUROS, SI LA CALIDAD DEL SOL
DESVELARA QUÉ HICE, QUÉ OLVIDO
ME PRECIPITA FUERA DE SUS
SOMBRA, PORQUÉ ESTE CASTIGO



La vida en Hermenauta
Antonio Polo

SIEMPRE INNUMERABLE.

Anónimo. (h. 1907)

Traducido del inglés por J. Urceloy, sobre una carta sin remitente enviada al poeta Saisei Muro (1869/1962), y aparecida en el libro Love Poems, de 1917, traducido del japonés original al inglés por Yuki Sawa, para el libro Modern Japanese Poetry, Charles E. Tuttle Company, Publishers, 1993.

1. De la eficiencia



El embajador accede al palacio del Ministerio de Exteriores. Un largo vestibulo flanqueado de columnas, blanco inmemorial, se extiende desde el pórtico hasta la Sala de Credenciales. Nada mas entrar al portentoso pasillo escucha unos lamentos femeninos y el inconfundible sonido de un látigo. Hacia la mitad del corredor descubre una mujer bellisima colgando de las muñecas de una viga que soportan dos de las columnas y un hombre, tan desnudo como ella, que la azota lentamente, dejando transcurrir varios segundos entre golpe y golpe.

El embajador pregunta al hombre la razón del castigo, insiste varias veces pero no obtiene respuestas. Tras pasar al Salón, el Ministro aprueba con prontitud sus demandas, firma, corrige, sella. El embajador se maravilla de tan solícito trato. Terminada la gestión vuelve a salir por el terrible

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

vestíbulo, y aunque le causa tristeza el suplicio que aún continúa se detiene un instante, deleitándose en el cuerpo de la mujer, cimbreándose ágil ante ese látigo parsimonioso pero incansable.

Ya en la calle detiene a un paseante y le cuenta lo que ha visto, preguntando qué terrible delito merece tan refinada sentencia.

-Señor -le contesta el ciudadano- en Cebralia todo funcionario tiene el deber de cumplir con fidelidad su servicio. Deben ser prestos, respetuosos, y no retardarse ni entretenerse en banalidades ni burocracias. Reciben salarios fabulosos y llegan a su cargo por voluntad propia. Esa mujer que habéis visto bien pudiera ser la esposa, la madre, la hermana, la hija, o cualquier otro día el esposo, el padre, el hermano, el hijo de algún funcionario de este ministerio. Lo mismo ocurre con quien aplica el castigo y ambos puestos corren designio del azar. No es un suplicio, sino un acicate para que el trabajador

La vida en Herminautas
Antonio Polo

ministerial cumpla su cometido lo mejor y con la mayor diligencia. Cuando cruzasteis el pórtico al entrar comenzó el proceso, terminó cuando salisteis, señor.

Horas después odiará al empleado de Correos que con irónica sonrisa parece no encontrar ciertos pliegos, ciertos sobres.

2. De la recompensa



Un viajero perdido llega al fondo de los abismos -calles- de Cebrealia. Con unos prismáticos, casi al límite de su visión, en el borde de la altísima acera observa el vuelo de un vestido, un pie y una mano blanquísimos, un rostro de mujer extraordinario. Comprende que este es el fin de su viaje y con elementos, piedras, ramas, deshechos, carrocerías, juguetes desvencijados, rotos muebles, cerámicas construye un andamio para llegar a ese borde, encontrar a esa mujer...

En Cebrealia existe una calle destinada al suicidio femenino. Bajo un paso de cebra puede verse, lejano, un pequeño andamio que en su última altura sirvió para que alguien escribiera un graffiti en la pared del

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

abismo. Parecen palabras pero escritas en una lengua desconocida. Sólo las mujeres que al caer ven de cerca este graffiti comprenden que las palabras significan "Por ti he vivido". Y que en el fondo del abismo, junto a otros huesos inmemoriales, entrelazados en la poderosa visión de la muerte, renacerán en la eternidad de un antiguo poeta, suicida y viajero. Todo esfuerzo de amor merece siempre recompensa.

3. Del silencio

Es común entre los músicos de Cebralia reunirse en la Casa de la Moneda. Las más veces los días de eclipse. Las menos las noches de luna llena. De todos los edificios de la ciudad quizá -para ojos extranjeros- sea el que más incumple su cometido. No debe sorprenderse el viajero si nadie detiene su paso, si entre las columnatas bajo el gran ábside central escucha el rumor de una voz masculina agudísima o el ensordecedor estruendo de maderas, guitarras eléctricas y timbales. No debe sorprenderse si nadie acude a su llamada, si nadie con quien se cruce presta un mínimo de atención a sus súplicas.



Puede encontrar el viajero pedestales donde hieráticos oboístas, casi en actitud orante, tocan un fa sostenido tras un re menor. Sucesivamente, sin cambios, mientras en otra columna truncada, como un estilista un clarinete copia en el fa un gravísimo sol.

Hay ascensores donde cuartetos de bajos y barítonos en pie,

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

correspondiéndose en cada una de las cuatro esquinas, aplican a una soprano, en el centro, tercas pero suaves notas en boca chiosa que presumen desnudarla.

Hay cisternas donde el agua empapa trombones sin pistón, niños nadando, hombres de torsos oscuros que lentísimos danzan con los pies descalzos, en puntas.

Hay despachos, archivos, cuartos de fotocopiadoras que reciben el alimento de innumerables partichelas para violín, pequeñas aprendices de dirección que lloran la agonía de las notas finales.

Malabaristas que entrechocan en el cieloraso los tipos de acuñar moneda: cajas, xilófonos, glockenspieles: castañuelas, máquinas de viento, relojes: cuchillos de cristal que rozan los cabellos de los que miman el piano.

También puede el visitante asistir a juegos sublimes. En la Sala Oval del primer sótano, de las paredes, como trofeos de caza, asoman las ochenta cabezas de un Orfeón.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Mezclados, sin orden, bajos, sopranos, contraltos, tenores. Pero no espere el paseante la armonía de un motete sinó un continuum, un perpetuum móbile de jadeos, lamentos, imprecaciones, deseos, suspiros, gritos: no son estas cabezas sinó elementos de fonación, última presencia de un instrumento vivo que ocultos ejecutantes, tras la pared, tensan, pellizcan, manipulan, acarician, golpean, aman, comulgan.

Todo aquello que sueños está al alcance de tus deseos.

Afuera, tras los muros, tras las acequias sonoras y los bosques apagados, la ciudad festeja tanto don, tanta gloria.

Tan sólo los guardias, apostados en los alféizares de las ventanas superiores, sentados ante el vacío, tapan sus oídos, cierran sus ojos ante esta música heterogénea, bienhechora.

Y lloran la soledad de tan bellissimo silencio.

4. De la identidad

Antonino Polo detiene su montura ante la luz roja que cambia a verde que titila en amarillo que vuelve al rojo. Descabalga y ocultando su asombro ante la maravilla, ante las muchas maravillas que le han llevado hasta aquí, pregunta a un motorista. Quisiera el nombre, qué cosa es el vehículo que transporta a este mortal, de qué está hecho el casco que le oculta el rostro, la tela negra de sus ropajes, pero sabe que todo viajero debe respetar las costumbres y los hechos naturales y en todo caso preguntar por lo inasible, por el conocimiento. Por eso pregunta en el más respetuoso latín de sus mayores:

-Cuius hic civitas?

Y no se sorprende, o bien lo hace pero sabe



La vida en Hermenauta
Antonio Polo

disimularlo, al entender perfectamente la respuesta aunque el idioma del otro le parece absolutamente desconocido.

- Vuestra es Cebralia, señor. Y de todos. Y aún de nadie.
- ¿Quién os gobierna, entonces?
- Vos, Polo.

- ¿Quién sois, pues sabéis mi nombre?

Es ya un gesto furioso, es ya un sueño, un no es posible. Por eso, cuando el motorista se desviste del casco y muestra a Antonino su rostro éste no puede creerse, no quiere saber que el otro es él mismo:

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

idéntico, sin fisuras,
sonriente.

- Abrazame, Polo. Ven a casa.

Eso me dije entonces,
cuando el mundo era
pequeño y el hombre
plural.

Jesús Urceloy

Agosto, 1998.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Los zancudos no cantan en Cebralia



En Cebralia
cantaban los
jóvenes mientras
saltaban con sus
largas pértigas.
Sus voces eran
agudas o graves
según la
naturaleza de su
salto. De mi
estancia en

Salto siempre,
aunque la Luna
no ilumine mi
camino.
Y aunque me muevo

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

aquella ciudad
traigo algunas
canciones,
algunas de tantas
cantadas al
anochecer.
Porque había
canciones para
cualquier
momento del
día, canciones de
invierno, o
canciones para
los días de
mucho tránsito.
Los jóvenes
pertiguistas eran
valientes aunque
algo estúpidos y
cantaban de
modo chulesco y
a la vez
melancólico. Sus
voces eran
agudas cuando
entonaban este
canto:

deprisa,
nunca desví mi
rumbo.
¡Que sea flexible mi
pértiga,
que me quiebre al
mismo tiempo
y los abismos recojan
nuestros cuerpos en
astillas!

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Las mujeres eran más precavidas, conocían las calles de Cebralia, y aconsejaban a sus amigos, en su réplica, que tuvieran calma y paciencia para llegar hasta su orilla. Sus voces eran graves, porque sabían de lo inútil de su gesto.

Quando la Luna ilumine
tu camino, entonces ¡salta!
Y no te avergüence el cambio
de rumbo, o el no tener prisa.
¡Que tu pértiga no quiebre
y, otra vez, sea flexible!
¡Que vuelen vuestros cuerpos
ligeros sobre el abismo!

Las mujeres de Cebralia tenían largas vidas,- aunque a nosotros nos parecieran efímeras – los hombres morían muy jóvenes, víctimas de bravatas y locuras; apenas tenían tiempo para perpetuar la especie. Por eso, en Cebralia las canciones de amor eran escasas y dolorosas.



Venías a mi lecho
entre las cúpulas
apoyando tu pértiga
en el viento,
mi cuerpo era una
anémona abierta
cuando tú ya caías al

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

abismo...

El resto de la canción es demasiado triste, demasiado incluso ahora que en Cebralia se puede vivir sin vértigos ni desmayos, y los enamorados ya no tienen que aventurarse por los imbricados callejones, gracias a los zancudos que rellenaron sus abismos. Pero Cebralia es más triste desde que llegaron ellos, porque ni saben cantar, ni han dejado motivos para escribir nuevas canciones, o para cantar las otras, las viejas y melancólicas.



Dámaso
Diciembre, 1998

Pasos de Cebra

Una historia imaginaria



La tarde era fría en Madrid. Jesús Urceloy salió de su guardia con un manuscrito bajo el brazo. "Hasta de los bordillos, o de los pasos de cebra se puede escribir" —me dijo. Ni caso le hice. Yo releía entonces "Las ciudades invisibles" que me regaló Pedro Díaz. Una vez en casa encontré un hueco para concluir la reseña de un libro que debía comentar para Ariadna, y al terminar, ya de madrugada, miré por la ventana: afuera comenzaban a caer los primeros copos de nieve del invierno.

A la mañana siguiente, la nieve lo

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

ocupaba todo, bueno todo no, porque en la mitad de la calle, en donde antes se intuían las desgastadas franjas de un paso de cebra, la nieve no llegó a cuajar. Entonces recordé las palabras de Jesús. Era evidente que allí había un relato. Subí al coche, y emprendí un viaje a Barcelona que tenía pendiente. La magia de Cebraalia surgió aquella misma tarde durante un atasco en la autopista. Ocurrió cerca del Área de Servicio del Baix Llobregat, mientras unos operarios trataban de retirar la nieve de otro paso de cebra, por donde probablemente

La vida en Hermentaut
Antonio Polo

había desaparecido
un león, una
compañía de
soldados en
maniobras y una
vedette del Paralel.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

ÍNDICE

La vida en Hermenauta

El viajero en Hermenauta	9
El arrabal de los dioses	13
Juego de luces	16
El río que se va	19
Pasos de Cebra	22
La Torre del Homenaje	25
Las posadas de Norexia	28
Un imperdonable olvido	34
La vida en Hermenauta	37
El mar en una tormenta	40
Una curiosa manera de mirar	41
Adonde fueres haz lo que vieres	45
El otro lado	49
El hierro de los Bentivoglio	53
La embajada del oro	55
La bestia, el silencio, las vírgenes	59

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Líos de familia	62
Los dioses, sencillamente	64
Homenaje a los dioses de papel	65
El viajero de las ondas	67
La leyenda de Abu Muley	69
Pesadilla en Capadocia	73
Traición	75
Justificación	78
Paradoja	80
Duplicalia	82
Cita	84
La Cuarta Plaga de los Ladrillos	86
Dicen que llamaron...	91
Los sexagenarios en Hermenauta	93
La otra Venecia	96
La liviana magnitud de las mariposas	98
El relojero de Maguncia	102
Le ruego que me disculpe...	104
Sueño de un viajero...	109
El Viaje Imposible	117
Anexo. De otros viajeros en Cebralia	123

Las ciudades de Hermenauta

Amaurota.- Ciudad situada al sur de Hermenauta. En ella las calles son anchas y las casas están construidas con dos puertas. Por Amaurota pasa el río Anhidro.

Asunción.- Situada al norte de Hermenauta, Asunción tiene el privilegio de contar con la línea principal del ferrocarril. Comparten ese honor también las ciudades de **Lesmes** y **San Lázaro**.

Auswtvich.- Ciudad en la que hay un Palacio al que dicen que llamaron, dicen.

Babelia.- Esta ciudad es en realidad un monumento a la confusión. Allí viven tres clases de hombres: los serafitas, los gurcas y los hermenautas.

Bako.- Ciudad portuaria. Bako tuvo el privilegio de ver partir las naves hacia el Viaje Imposible.

Capadocia.- Allí se encuentra la Isla de los Cíclopes y en la que unos prestamistas muy duros devoran a sus clientes.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Cárpatos Mayores.- Cordillera que nace en la Frontera del Norte y acaba en el Mar Académico.

Cebralía.- Ciudad situada al noreste de Hermenauta. Allí viven los zancudos que a las órdenes de Melquíades el Magnífico evitan el abismo en esa ciudad aérea. En Cebralía sólo los pasos de cebra perduran.

Dauralamán.- Ciudad situada al norte de Hermenauta en donde viven los libertos y apologistas coránicos.

Duplicalia. Ciudad de placas y espejos que la convierten en delirante.

Hermenauta.- Capital del Imperio. En Hermenauta hay muchas panaderías; una torre, la del Homenaje, que es patrimonio único de los pájaros, un lugar llamado “el otro lado” en donde habita gente sin esperanza, Protágoras y su gallo,

Kabulia.- Ciudad hermética por antonomasia que huele a dátiles maduros. Está situada al sur de Babelia.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Mar Académico. Al sur de Hermenauta se extiende el mar desde el que partió el Viaje Imposible.

Nánaco.- Ciudad en la que vive preso en la torre el embajador plenipotenciario de Hermenauta.

Nemesia.- Ciudad de encuentros incomprensibles.

Norexia.- Ciudad de eternas posadas, y de envidiables cocinas.

Nueva Córdoba.- Ciudad al norte de las Tierras Anegadas en donde habitan las mujeres que trabajan en una biblioteca con la misión de copiar los mapas del Imperio.

Río Anhidro.- Recorre Amaurota. Sus habitantes tienen miedo de que vuelvan a robarles sus aguas.

Taraxipo.- Ciudad en la frontera del norte en donde se habla una jergonza indescifrable.

Tierras Anegadas.- Al sur de Hermenauta. Estas tierras forman parte de las mayores marismas del imperio.

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Tudlá.- Está situada al sur de Hermenauta. Allí comienza el desierto y en medio de él, la mayor mina de sal conocida.

GLOSARIO

La vida en Hermenauta

Por

Antonio R. Polo González

- Abu Muley**, 49
Agamenón, 43
Agatocles de Siracusa,
53
Alamines, 62
Al-Andalus, 77
Alarifes, 62
Alejandría, 66
Alejandro VI, 60
Alí Bey, 4
al-Istajri, 79
Almadraza, 78
Almilcar, 53
Alquimia, 17
alto del Sobrepuerto, 46
Amaurota, 12, 18, 83
Anatolia, 66
Aquiles, 43, 60
Arquitecto Mayor, 62
Artemis, 43
Asunción, 75
Aura, 43
Aureliano Buendía, 46
Auswtvich, 65
Babelia, 5, 8
Baix Llobregat,, 97
Bako, 61
Barcelona, 97
Belorofontes, 41
biblioteca de Alejandría,
47
Bologna, 36
Borgia, 36
bussolanti, 36
Cadmó, 46
Calendario Juliano., 84
Califa al-Hakam, 78
Canneschi, 36
Capadocia, 51, 55, 84
Caraculiambro, 46
Cárpatos Mayores, 5
Casa de la Moneda, 14,
92
Cebralia, 14, 15, 90, 95

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

- centauro Quirón., 60
código de Hamurabi, 72
Constantino Falcón, 44
Córdoba, 77
CÓRDOBA, 89
Creta, 66
Crisipo, 31, 43
Cuenca, 77
Dámaso, 96
Dauralamán, 9
Demofonte, 31
Diccionario de la
 Mitología Clásica, 44
don Quijote, 75
Duplicalia, 59
Eatos, 43
Emilia-Romagna, 37
Enrico Piancarossa., 14
Esculapio, 43
Europa, 46
Eveno, 43
Feria de abril, 28
Fermo, 54
ferramonti, 36
filarca, 13
Florencia, 36
Francia, 19
Gorgona, 43
Grecia, 66
Gregorio XIII, 84
gurcas, 5
Heráclito, 72
Hércules, 44
Hermenauta, 24, 66
hermenautas, 5
Huygens, 48
Ibn Zanrak, 77
Ícaro, 43, 47
Il Principe, 53, 60
Isla de los Cíclopes, 51
Italo Calvino, 87
Jade Maiwand, 8
Jesús Urceloy, 14, 94
Joan Joaquin Becher, 73
Johan Joachim Becher,
 72
Jorge Luis Borges, 8
Juan de Gortz, 77
Kabulia, 8
kaid, 50
Kitab al Masalik, 77
kurfursten de Maguncia,
 72
León Foucault, 71
Lesmes, 75
Licos, 30
los Inmortales, 42
Maguncia, 72, 84

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

- MALABO, 89
Maquiavelo, 60
Mar Académico, 9, 83
Mar Océano, 62
María la portuguesa, 31
Marte, 20
Mediterráneo, 28
Melquíades el Magnífico.,
15
Méntride, 69
Messer Annibale
Bentivoglio, 36
Mil y una noches, 50
Ministerio de Agricultura,
45
Nánaco, 31
nefelogetas, 8, 83
Nemesia, 76
Nicolás Maquiavelo, 53
Norexia, 18, 75, 83
Odiseo, 51
Olimpo, 16, 42, 47
Oliverotto, 54
Orión, 19
Orsinis, 54
pan de Viena, 22
París, 70
Parma, 69
Partenón, 66
Pedro Díaz, 97
Pegaso, 19
PEKÍN, 89
Plaza de las
Justificaciones, 57
Polifemo, 43
Polipemón, 57
Priapo, 41
príncipe de Dinamarca,
46
Procrustes Damastes, 57
Prometeo, 43
Protágoras, 11, 83
Protesilao, 30
Rafael Hythloday, 39
rey de Libia, 30
río Anhidro, 12
Roma, 36
Saisei Muro, 89
Sala Oval, 92
San Isidro Labrador, 28
San Lázaro, 75
Saturno, 48
serafitas, 5
Siracusa, 54
sofistas, 10
sor Hroswita, 77
Susana García, 68
Taraxipo, 31

La vida en Hermenauta
Antonio Polo

Tedla, 49
Thomas Moro, 39
Tierras Anegadas, 61, 83
Tierras Interiores, 83
Titán, 48
Tito Livio, 55
Trebujena, 69
Tudlá, 36, 38
TÚNEZ, 89
Utopía, 38, 39
utopianos, 39
Valencia, 77
Venecia, 13, 46, 68, 83
Verona, 69
Vía Ariosto, 66
Vitellis, 54
Yuki Sawa, 89
Zahoya, 78
zancudos, 15
Zeus, 42, 51

La vida en Herminauta
Antonio Polo

**Este libro se imprimió en Madrid el 9 de Diciembre de 1999,
pero se gestó al resguardo del sol, en una agradable terraza de
un viejo café de Alicante.**

Edición electrónica
“La vida en Hermenauta”
Antonio Polo González
Ariadna-Libros.com
©Diseño y Digitalización Ariadna-Libros.com
Madrid. 16 de Marzo de 2001
Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid. N° 72.407
Madrid. 31 Marzo de 1998

ÚLTIMA PÁGINA

Algunos de los relatos de éste libro han sido publicados en las revistas “Ariadna. Revista Cultural”, “Poeta de Cabra”, “Luces y Sombras”, “Tranvía” y “Cartographica”

Mi agradecimiento a:

Álvaro Muñoz, David Torres, Rafael Pérez Castells, Jesús Urceloy, Miguel López, Sonia Rincón, Carlos Sánchez, Jaime Alejandre, Ángel Zapata, Josechu García, Juan Manuel Navas, Javier Rioyo, Paloma Riaño y Susana García que confiaron en mí y me alentaron muchas veces, y en especial a Pedro Díaz del Castillo que ha sido mis ojos a lo largo de todas éstas páginas.

Tengo ahora un recuerdo para mi padre, que se marchó sin haber podido acompañarme por las inquietantes rutas de éste país; también para mi mujer, Cristina, que siempre ha estado a mi lado, y para mis hijos Antonio, Jorge y Pachi, aunque se hayan empeñado durante todos estos meses, en ver la televisión con el volumen al máximo.